

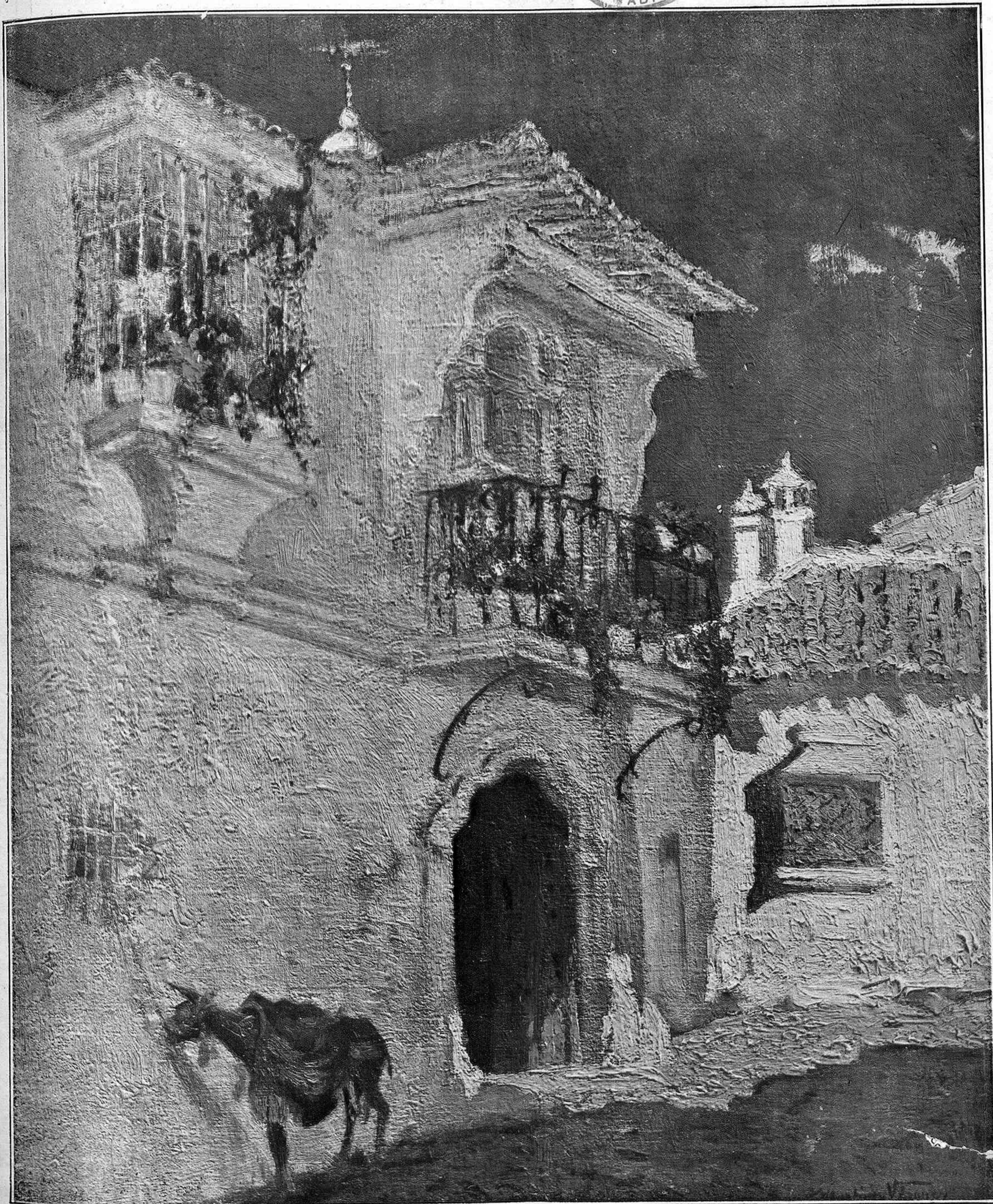
24 FEB 1923

La Esfera

Año X Núm. 477



Precio: Una peseta



DÍAZ

FOTOGRAFÍA DE ARTE

Un retrato elegante y de buen gusto es el obsequio más estimado para los seres queridos ::

Ampliaciones, reproducciones y todo cuanto se relaciona con el arte :: :: fotográfico :: ::



FERNANDO VI, 5
MADRID

HOTEL CECIL

EL "CECIL" es el centro de Londres tanto para los negocios como para las diversiones. Los huéspedes tienen en él la ventaja de usar una dirección muy respetable con tarifa módica. El servicio es tranquilo y discreto sin dejar de ser muy satisfactorio. Nada falta en materia de confort y la cocina es inmejorable.

Dirigirse al Gerente por cable o por carta en solicitud de la tarifa.

Cablegramas:
"Cecelia London."



ESCUELA BERLITZ Arenal, 24 ACADEMIA DE LENGUAS VIVAS

Todos los meses empiezan clases de inglés, francés, alemán é italiano
CLASES GENERALES É INDIVIDUALES :: TRADUCCIONES

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda á las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedías, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico.

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida

CONSERVAS TREVIJANO LOGROÑO



AGENCIA DE TRANSPORTES

SE CONTRATA TODA CLASE DE TRANSPORTES DENTRO Y FUERA DE LA POBLACION

Larra, 6
Madrid

EVITA LA CAIDA DEL PELO
LE DA FUERZA Y VIGOR

ALCOHOLATO

AL
ABRÓTANO MACHO

Carmen, 10, ALCOHOLERA, Madrid



A los Corresponsales administrativos de Prensa de toda España

Se está ultimando la Federación de Corresponsales administrativos de Prensa de toda España.

Si usted simpatiza con el proyecto, y no quiere verse excluido de este organismo con los perjuicios consiguientes, dirijase hoy, sin falta, á Ramón García Lara, Apartado 233, SEVILLA.

¡Doscientos mil ejemplares!
van vendidos de las cuatro interesantísimas
novelas tituladas:

Con el pie en el corazón

Hombre de amor

Un hombre extraño

y **Una cualquiera**

que

“El Caballero Audaz”

ha publicado en un año.

De venta en todas las librerías.—Pedidos directamente á la Editorial

“RENACIMIENTO” Preciados, 46, Madrid

8.000 SELLOS DIFERENTES en car-
nets, 500 ptas.; 2.000 difs. Colonias Inglesas,
375 ptas. Soberbios. Franco certificado. Catá-
logo gratis. «Española»: 698, Postbus; AMS-
TERDAM-36, Holanda.

AMAYA

Este prodigioso invento alemán, que tan
admirables resultados de curación en heridas
recientes y antiguas, en quebraduras y toda
enfermedad de la piel (úlceras gangrenosas,
sarna, sabañones, etc., está ya en venta en las
principales farmacias y droguerías y en su de-
pósito exclusivo, «DROGUERIA DEL CEN-
TRO», San Marcos, 33, teléfono 1.900-M.

Pedid prospectos, informaciones y certifica-
dos de casos difícilísimos al apartado de Co-
reos 3.012, Madrid.

SE VENDEN los clichés usados en
esta Revista. Dirigir-
se á esta Admón., Hermosilla, 57.

TAPAS

para la encuadernación de

La Esfera

confeccionadas con gran lujo

Se han puesto á la venta las
correspondientes al segundo
semestre de 1922

De venta en la Administración de
Prensa Gráfica (S. A.), Hermosilla, 57,
al precio de **7 ptas.** cada semestre

Para envíos á provincias añádanse 0,45 para franquicia y certificada

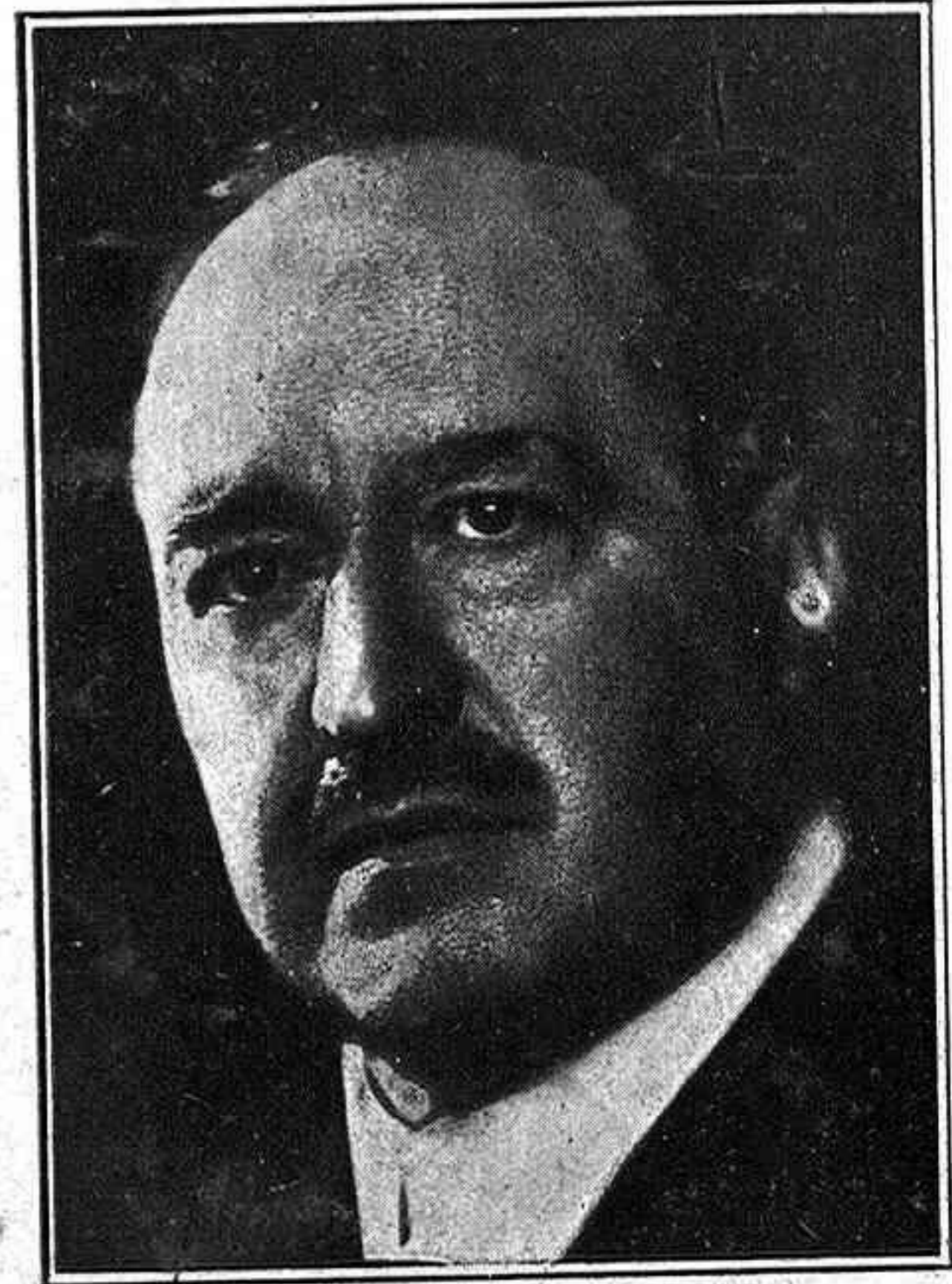
Vicente **BLASCO IBÁÑEZ**

LA TIERRA DE TODOS

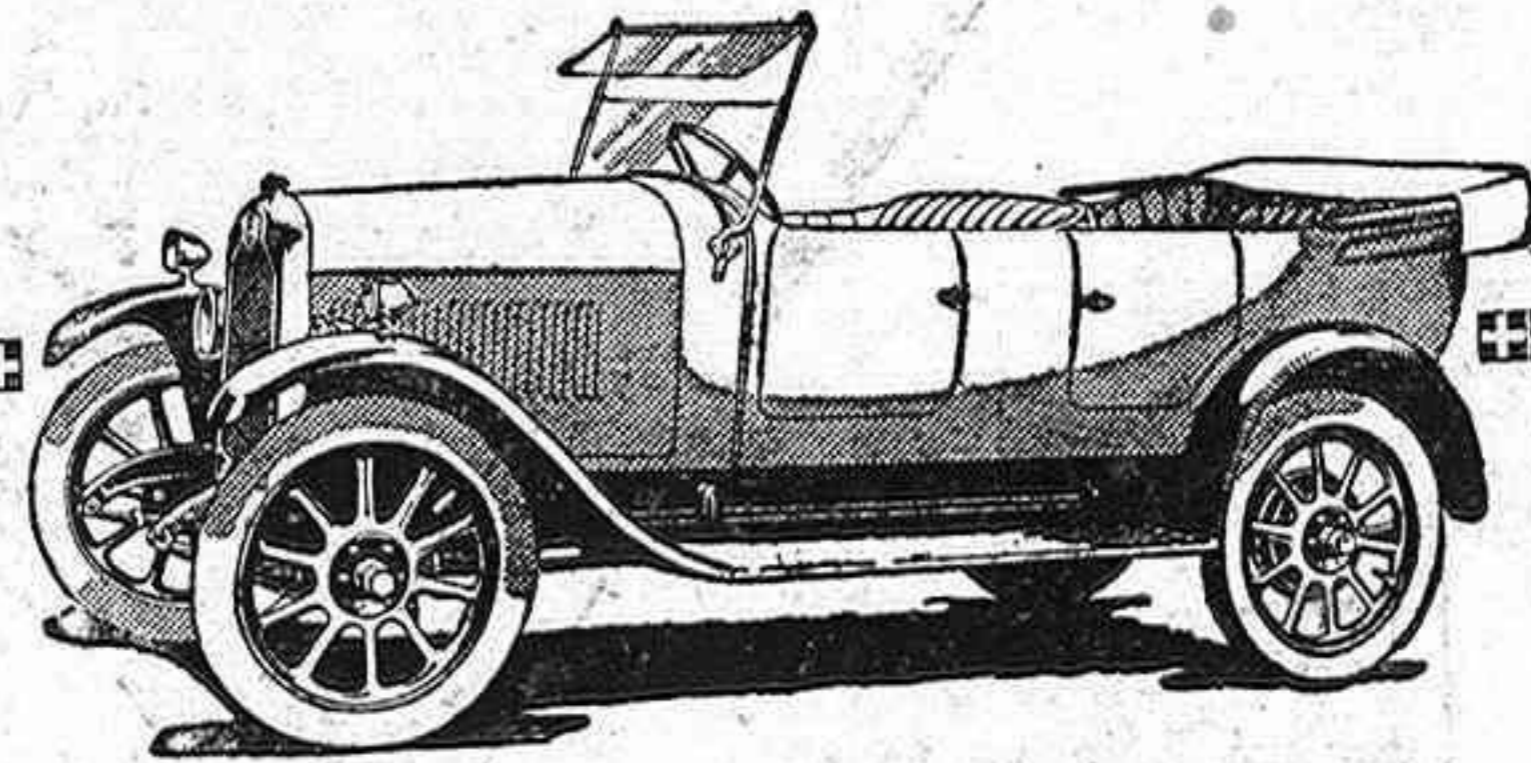
50.000 ejemplares

Se ha puesto á la ven-
ta el **50 millar** de
esta novela, última pro-
ducción de D. Vicente
Blasco Ibáñez, el nove-
lista español de fama
universal.

A los **ocho meses** de
haber sido publicada
LA TIERRA DE TODOS
van vendidos **cin-
cuenta mil vo-
lúmenes** en Espa-
ña y América.



EDITORIAL PROMETEO
Apartado 130 **VALENCIA**



EL NUEVO COCHE

Crossley

De 12/14 h.p.

La llegada del CROSSLEY de 12/14 h.p. inaugura una
nueva fase en el automovilismo. El CROSSLEY
responde a la necesidad que se sentía de un coche de 4
asientos que al propio tiempo de ser eficaz y económico,
ofreciese en su manejo la viveza y facilidad que los auto-
movilistas prácticos y entendidos tanto desean. En pocas
palabras, es un coche confortable y elegante, económico en el
funcionamiento y de costo inicial reducidísimo.

Con echar una ojeada a la descripción se verá que el
CROSSLEY 12/14 h.p. aventaja con mucho a cualquier otro
auto de precio popular que se ofrezca en el mercado.

Pídanse más detalles.

*Automóvil de 2 o de 4 asientos para turismo, completo,
con cortinas laterales de protección contra la intemperie.*

Pídanse también detalles del CROSSLEY de 19'6 h.p. de
fama universal.

CROSSLEY MOTORS LTD. - - 40-41, Conduit Street
LONDRES, W.1

SE SOLICITAN REPRESENTANTES EN ESPAÑA

EL HERMANO

por

Manuel F. Lasso de la Vega

(Dibujos de Larraya)

es el título del número que

LA NOVELA SEMANAL

publica hoy sábado

Calidad en los autores

Cantidad en la lectura

Baratura en el precio

son los tres lemas á que se
sujeta en su publicación

La Novela Semanal

25 céntimos ejemplar en toda España

IMPORTANTE

La Dirección de este periódico advierte que no se devuelven
los originales ni se sostiene correspondencia acerca de ellos,
sin excepción alguna

Al mismo tiempo, hace saber á los colaboradores espontáneos
que no se publicarán otros trabajos, tanto literarios como
artísticos, que los solicitados



LA BELLEZA
LA DISTINCIÓN
Y LA
SENSIBILIDAD
FEMENINAS

ELEGANCIAS

Estará á la venta en toda España, en casa de los corresponsales de Prensa Gráfica, en todas las librerías distinguidas y bien surtidas y en la Administración de

Prensa Gráfica, S. A.

Apartado 571

MADRID

Delegado especial de ELEGANCIAS en París: Leo Merelo, 62, Rue Richelieu, Palacio de la Agencia Havas

Tendrán en ELEGANCIAS

su moderna piedra de toque, su más fiel y refinada expresión.

La elegancia sobria y distinguida del hombre de buen tono sostendrá invariablemente en ELEGANCIAS la mejor selección de modelos propios. La gracia, el gusto y la higiene aparecerán siempre en ELEGANCIAS, como los mejores consejeros para el arte de vestir á los niños.

ELEGANCIAS

será la Revista mensual de modas de la mujer española y la mujer hispanoamericana

ESTA Á LA VENTA EL NÚMERO DEL MES DE FEBRERO



VISTA DE LA CATEDRAL DE SEGOVIA

Dibujo original de Bráñez

LA ESFERA

LA PINTURA CONTEMPORÁNEA



MARUJA LA DEL MANTÓN, cuadro original de María de los Angeles López-Roberts

MÉJICO Y NUESTRO IDEAL AMERICANO

Por conducto del director de LA ESFERA hemos recibido una comunicación de la Junta revolucionaria del Ejército legalista mejicano, escrito en el cual se ponen reparos á lo expuesto en el artículo *Méjico y los Estados Unidos*, que publicamos en esta revista hace algunos meses.

En la comunicación referida táchase de amañadas y aun de interesadas nuestras informaciones, fiel reproducción de otras aparecidas, no ya en periódicos de Méjico y de los Estados Unidos, sino de otros países, al tratar el problema mejicano, y se insinúa la torpe idea de que la Prensa española, al ocuparse en el estudio de la cuestión de Méjico, obedece á estímulos nada puros.

Y nosotros, que conocemos la organización interna y externa de la Prensa de todos los países cultos, y que, siendo de origen puramente español, nacimos en tierra de las Antillas y ostentamos, por los mandatos de la Historia, una ciudadanía americana, podemos afirmar enfáticamente que de un desinterés como el de la Prensa española independiente no existe ejemplo y que sus informaciones podrán ser erróneas á veces, pero en modo alguno amañadas.

Rechazamos también, por lo que á nosotros personalmente pueda referirse, la imputación gratuita de la Junta revolucionaria, y, á este respecto, sólo nos importa hacer resaltar de nuevo los ideales que en la Prensa y en el libro hemos venido defendiendo acerca de lo que debe ser política constante en América.

Admitiendo que fueran ciertos los propósitos que la Prensa mundial atribuía al Presidente Obregón, á quien se presentaba como decidido á desarrollar unos vastos planes de reconstitución mejicana, entre ellos el de fomentar la agricultura, la industria, la minería, la navegación, las obras públicas, la organización de la enseñanza en sus distintos sectores, entonábamos en el artículo comentado un himno á la futura prosperidad de Méjico, tarifando nuestros juicios de que sólo con el imperio de la ley; únicamente sacrificando sus ambiciones los partidos en lucha y los bandos en que se hallaba y se halla—por su mal—dividida la nación mejicana, se llegaría á conseguir la paz anhelada, garantía del orden y del trabajo fructífero.

Y en cuanto á la antinomia de intereses que algunos pensaban que existía entre los Estados Unidos y Méjico, confirmábamos nuestra fe inquebrantable de que toda oposición y toda pugna sostenida á mano armada entre naciones de América, y singularmente entre las dos Repúblicas vecinas, sobre ser infecunda, cruel y estéril, sería contraproducente y dañosa por igual á ambas, sembrando de paso la desconfianza entre los otros países de América, retrasando el momento en que se llegue á una colaboración continental en la obra del progreso.

Detestábamos en nuestro artículo singularmente todo cuanto fuera acicate de los odios y turbase el sosiego interior de Méjico, desgarrando las fuerzas nacionales en una guerra civil, cruento estado violentísimo que considerábamos como el mayor de los infortunios que pudieran afligir á ese pueblo hermano.

Y esto es lo que reprocha la Junta revolucionaria, y esto es lo que censura. ¿Por qué? Sencilla es la respuesta: porque el programa de la regeneración de Méjico había de desarrollarlo el general Obregón, que merece á la Junta revolucionaria los más infamantes calificativos.

No para mentes la Junta revolucionaria en que nuestro punto de vista en la cuestión no es de bandería ni de grupo político; que en mi artículo se habla de un modo genérico con elevación doctrinal y moral; que lo de menos son los nombres de quien ó de quienes se hallen dispuestos á acometer las grandes reformas de las que pueda derivarse la prosperidad de Méjico; que lo mismo es para nosotros que esa obra la realicen jefes de Estado que se llamen Obregón ó Zayas, como que se llamen Brum ó Alvear ó Alessandri; que lo verdaderamente importante es que esos anhelos se lleven á la práctica; que cese la inquietud, la zozobra y la violencia en Méjico; que esta nación y las demás de América vivan una vida generosa y libre;

que impere en todas nuestras Repúblicas la paz, el optimismo, la fe en los propios medios y la esperanza en los ideales; que esos pueblos sean regidos por gobernantes sabios y prudentes, capaces de ensanchar las esferas de la actividades, de coordinar y multiplicar los esfuerzos individuales y colectivos, de sacrificar egoísmos partidistas de región ó de clase, de encauzar aspiraciones, de abatir fronteras espirituales, ya que no políticas.

Porque hemos escrito y seguiremos escribiendo muchas páginas para demostrar la conveniencia de universalizar las leyes creando un organismo, una Confederación en que ingresaran con idénticos derechos las naciones americanas sin distinción entre grandes y pequeñas, entre fuertes y débiles, y repugnamos la política de grupo, de fracción, de bandería, contraria esencialmente á la amplia política internacional por nosotros propugnada.

Ignorábamos por completo la existencia de una Junta revolucionaria en Méjico; mas, dado caso que los que la integran ocuparan el Poder, ¿sería acaso regulada su actuación por otros móviles que los de fomentar la riqueza pública de aquel país y laborar por el progreso y el bienestar de su patria y de sus conciudadanos? ¿Hemos nosotros defendido nada en contrario?

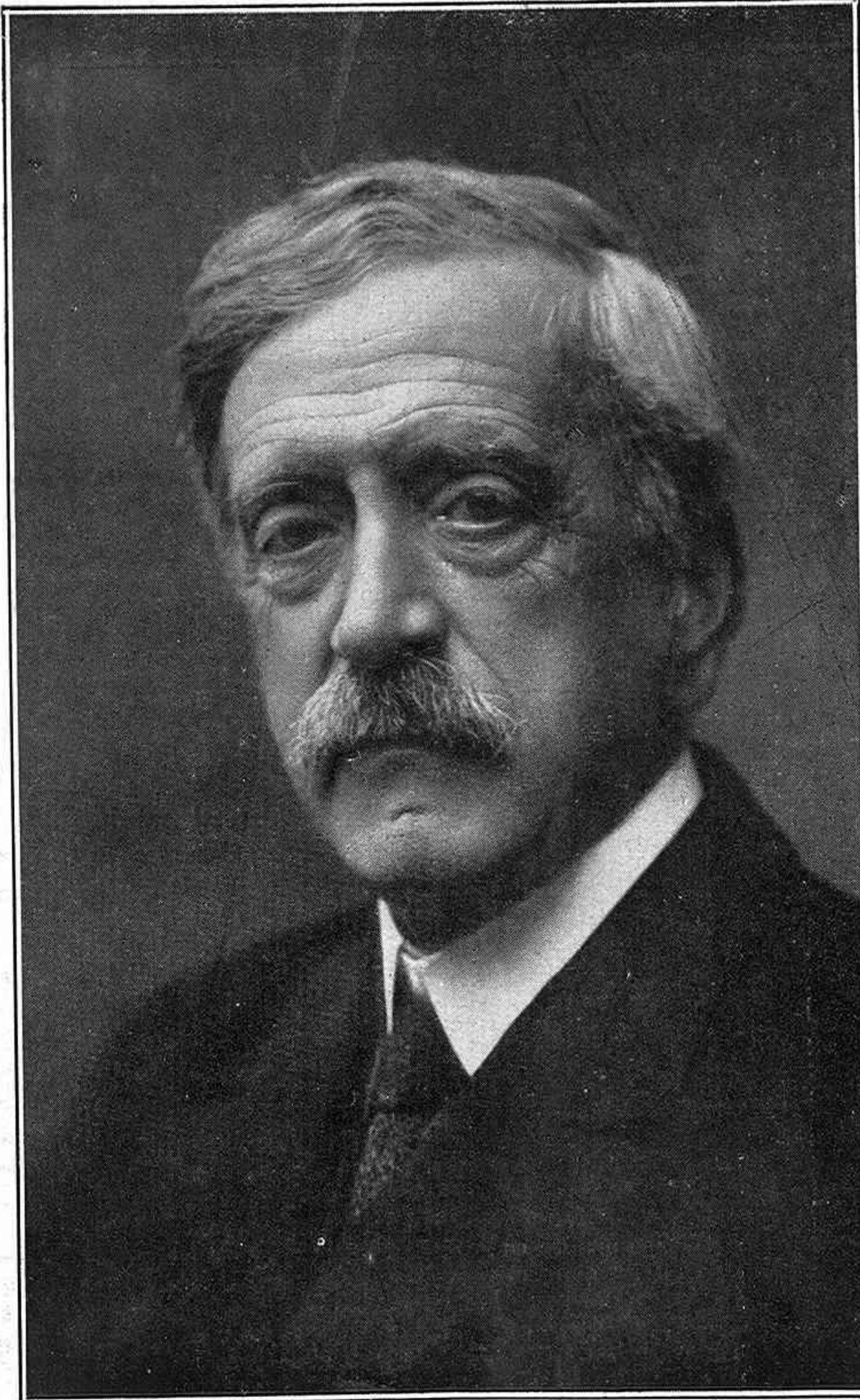
De ello se deduce que la Junta indicada no tiene vinculado el sentimiento patriótico de su país; que no son incompatibles nuestros puntos de vista de política internacional con los de esa Junta; que tan pronto como ésta demuestre—por medios legales—que representa la voluntad de Méjico, que aspira á la regeneración nacional por vías de progreso, no han de faltarle nuestras alabanzas, porque si en nuestro artículo no escatimábamos frases laudatorias al Gobierno actual fué porque en esta hora histórica éste representa al pueblo mejicano.

Y en cuanto á nuestras informaciones, no proceden de Consulados y Cancillerías, como sospecha aventuradamente la Junta revolucionaria, porque aquellos órganos tienen miras, como es de rigor, interesadas y sus informes no pueden causar evidencia sin suscitar dudas. Otras son nuestras fuentes informativas. El crédito de una persona, como el de un país, está en razón directa de la confianza que inspira más que de las riquezas que posea. La confianza en los individuos depende de su moral; la de las naciones, de su organización, de su vida ordenada y pacífica y de otras muchas circunstancias que en conjunto constituyen el ambiente social.

Nuestras aseveraciones se fundan en el estudio de ese ambiente y en la interpretación de lo que está en la conciencia pública del pueblo mejicano. Nuestros fervientes deseos de ver á la raza iberoamericana progresar y merecer el respeto y la admiración de todas las demás razas nos hacen intervenir en estas campañas, pues los hechos demuestran que Méjico merece y puede esperar más de sus riquezas naturales, si sus hijos se dedican á desarrollarlas laborando sincera y perseverantemente con su fe puesta en Dios, en su patria y en el trabajo.

Rafael HERNÁNDEZ-USERA

HOMENAJE A UN HOMBRE DE CIENCIA



D. IGNACIO BOLIVAR

Uno de los nombres de mayor prestigio en el campo de las ciencias naturales en España es el del sabio doctor don Ignacio Bolívar, que durante muchos años fué catedrático de la Facultad de Ciencias, de Madrid, y que al frente de nuestro Museo de Ciencias Naturales ha sabido, con entusiasta esfuerzo y con actividad admirable, realizar una gran labor en pro del incremento de esta clase de estudios y aumentar la riqueza de nuestro Museo. Con motivo de su jubilación de la Universidad Central, tras una larga etapa de laboriosas enseñanzas, los discípulos y los amigos del doctor Bolívar obsequiaron á éste, como homenaje por su fecunda vida científica, con un libro en que está contenida una biografía del sabio catedrático, hecha por D. Manuel Cazorro; el índice de los trabajos entomológicos que aquél publicó, hecho por D. José Arias Encobet, y numerosas reproducciones fotográficas que completan el texto del libro.

ARTE, FALSIFICACIÓN Y CIENCIA



Cuadro original de Watteau en el Museo de Edimburgo



Copia de un cuadro de Watteau del Museo de Edimburgo

FLECHA y escudo, cañón y coraza, veneno y antídoto, ladrón y arca de caudales, son entidades que ideológicamente jamás están aisladas. ¿Para qué un arcón, si la codicia no incitase al robo? ¿Qué utilidad rendiría el servicio de la propiedad intelectual, si mil plagiarios ó serviles copistas no acechaban constantemente la labor del genio para clavar en ella sus garras? En esta eterna lucha entre la verdad y el error, lo bueno y lo malo, lo bello y lo feo, el hada de la ciencia ha intervenido, prodigando siempre sus favores. Y cuando los intransigentes ú obcecados artistas niegan todo valor á cuanto no sea arte, olvidan, desagradecidos, que la física y la química, con su austero método y fina técnica, han sido las más eficaces colaboradoras en desenmascarar falsos valores inundando los museos y colecciones de ricos aficionados.

El profesor Laurie, de Edimburgo, es el creador de lo que pudiera denominarse el bertillónaje de las obras de arte. Si para el sabueso policiaco la huella de un malhechor no tiene secretos, para ese sabio el rasgo característico de cada maestro, su técnica manual, su arsenal pictórico, sus gustos y preferencias no son sino infantiles indagaciones. Ducho en la técnica

química y en la microscópica, haciendo aplicaciones imprevistas y siempre lógicas del caudal de su saber, ha creado una especialidad interesantísima del arte, que es gran lástima no tenga en nuestro país mayor número de adeptos.

La pincelada de un pintor es el rasgo característico de su temperamento. Las hay nerviosas, rápidas, terminadas en garfios, gruesas y pastosas, delicadas y sutiles como perfiles. Si el grafólogo adivina por mil escondidos detalles el modo de ser y pensar del que escribe, el pictógrafo científico sabe discernir por el sólo aspecto de un toque si un cuadro es ó no es auténtico.

Teniers pintaba con rasgos rectos, cortos y anchos, y en la cabeza de un viejo de una obra suya pueden observarse cómo los pelos de la barba los significaba con líneas finas y ligeramente curvadas. Pues bien: una imitación del

za de paciencia y estudio puede imitarse la factura de un maestro; pero lo inimitable, lo que nadie que no sea un consumado químico puede hacer, es componer sus colores, sus tonos, sus mezclas, sus aprestos, sus barnizados, siguiendo técnica idéntica al original.

¿Quién sino el químico sabe decir la cantidad exacta de aceite ó de barniz que Velázquez empleó en sus lienzos, mezclados con el pigmento? Un cuadro moderno estará hecho con blancos de cinc, en tanto los antiguos estábanlo con cerusa, ó sea blanco de plomo. Los rojos de principios del pasado siglo eran muy otros que los del siglo xv. Y si alguien quiere convencerse de ello, lea las listas y facturas de materiales usados por Goya en la capilla de San Antonio de la Florida, recopiladas por Beruete en su obra monumental, y compárelas con los materiales hoy en boga. La evolución técnica salta á los ojos.

Tal es la labor del sabio. La del indelicado falsificador es muy otra. Sobre ella podría escribirse largo y tendido. No lo hacemos por idénticas razones que las que incitan á callar cuando de magia negra se trata.

MARIANO POTO



Esta cabeza de viejo de un lienzo de Teniers, demuestra con la mayor claridad la técnica del maestro flamenco



Microfotografía del cuadro de Watteau auténtico, demostrando la minuciosidad técnica del incomparable pintor de escenas campestres

auténtico cuadro es la de la fotografía, en donde es fácil comprobar que la técnica del plagiario difiere por completo de la del original.

En los paisajes, el follaje es algo propio y característico de cada artista, y hasta ahora no se ha dado aún el caso de encontrar dos pintores que lo interpreten del mismo modo. Especialmente las obras de Watteau son modelo de minuciosidad técnica. Obsérvense las fotografías ampliadas del original y del plagio, y á primera vista resalta lo muy acabado y perfecto que es el del auténtico en comparación con el de la copia. Idénticas reflexiones pueden hacerse sobre las pinceladas de Velázquez.

Más independientemente de este método analítico puramente físico, hay el de orden químico, más exacto si cabe que el anterior. A fuer-



La misma cabeza de la copia del cuadro de Watteau, pone de manifiesto la inhabilidad del plagiario cuando se la somete al análisis micrográfico

T U R I S A



En tí, que es todo alegría,
tu risa, que es son de plata,
líricamente desata
sus raudales de armonía.

Te ríes de tal manera,
con tal gracia y embeleso,
que es tu risa como un beso
de la novia Primavera.

Tu risa es como una flor
de fragante juventud;
tiene un ritmo de virtud
que acaricia nuestro amor.

Como una firme promesa,
tu risa frágil y loca
al resbalar por tu boca
parece que canta y besa.

Diáfana como la aurora;
como un murmurio de fuente,
tu risa es una corriente
maga y acariciadora.

Tu risa sale del alma
con aleteos tan suaves

como el vuelo de las aves
en las mañanas de calma.

Risa alegre é infantil
como la de Monna Lisa,
enigmática sonrisa
hermética y juvenil.

Cual canto de poesía
de arpegios desconocidos,
tu risa tiene sonidos
de encantada melodía.

Es tu risa de cristal
como un cascabel de oro;
es su timbre aún más sonoro,
más dulce y más musical.

Tu clara risa de amor
ha sonado en mis oídos
como los cantos sentidos
del poeta ruiseñor.

De una infinita ternura,
es tu risa, figulina;
es humana y es divina;
es diamantina y es pura.

Tus risas tan diferentes
tienen la coquetería
de mostrar la perlería
de tus diminutos dientes.

Tu risa á gozar convida
como una bella ilusión;
tu risa es la floración
que nos endulza la vida.

Con expresivo candor
ríes, y siempre que ríes
en mi corazón deslíes
un bálsamo encantador.

Sea en mi alma dolorida
tu risa, tan musical,
borbotante manantial
que lave mi abierta herida.

La herida de la emoción
de una mujer adorada
que me dió una puñalada
en medio del corazón.

Lorenzo ROLDAN

DIBUJO DE OCHOA

DOMADORES DEL ÉXITO **EUGENIA ZUFFOLI**

El rápido y en verdad extraordinario éxito que ha hecho de Eugenia Zuffoli una de las figuras más preeminentes del arte lírico español en la presente temporada, impulsóme á ir al Teatro Apolo con objeto de recoger las confesiones de su vida y de sus luchas por el triunfo, en la ilusión de que habían de ser interesantísimas, tratándose de una gran artista de raro mérito, que es á la vez una bellísima mujer, y en el deseo de que su transcripción aquí constituyese un homenaje más á los merecidísimos que le han otorgado los más altos valores de la intelectualidad y del arte hoy en boga...

Si fueses, lector, un espíritu rancio y corto de alcances, de los que siguen suponiendo que el mundo teatral no es terreno propicio para la honestidad y, en cambio, es campo abonado para toda licencia, ¡cómo te retozaría por el cuerpo la esperanza de leer una historia novelesca de aventuras y escandalosas!... Las confesiones de una gran artista y además belleza de *primísimo carteló*...

Si no con esa esperanza, en la ilusión de que fuesen novelescas sus confesiones, aunque nada esperase de escandaloso en ellas, entré en el cuarto del joven y meritísimo actor cómico—uno de los mejores que tenemos hoy, si no el mejor—Vicente Mauri, insuperable director de escena—á quien no aplico el adjetivo de magistral que merece para que no se me haga el chiste de llamarle el magistral de la catedral... del género chico—, á rogarle que me presentase á la ilustre artista cuya excepcionallabor ha sido la base más firme y más duradera del éxito de la interesante y culta opereta *Ave, César!*

—Y de paso—le dije—, deme algún dato acerca de su manera de ser...

—Pues—me contestó Mauri—ahí va cuanto se puede afirmar de ella: que es una señora de la cabeza á los pies y una bonísima mujer... Y si le falta algún detalle al retrato, añado que es un espíritu muy culto, como muy aficionada que es á la lectura...

Llévome luego al coquetón y artístico camarín—diminuto estuche de muñeca—de la tiple, y me presentó... Con exquisita corrección y discreción extremada retiróse con Mauri el esposo de la señora Zuffoli, artista también que ha saboreado el triunfo y el aplauso muchas veces y ante distintos públicos—no se olvide que el magnífico empresario que es Eulogio Velasco tiene en Apolo la Compañía en donde quizá abundan más que en ninguna otra los actores de mucha valía; no se piense que sólo la tienen por la belleza, por la elegancia, por su arte, ó por las tres cosas á la vez, las mujeres que el

público aplaude á diario; y ya se verá en el primer estreno en que los valores artísticos del sexo masculino sean puestas en juego—. Empezó haciéndome un elogio de tono muy sincero de LA ESFERA...

—Yo la leo todas las semanas—me dijo—. No le extrañe á usted, porque me gusta mucho leer...

—Lo sé—repliqué.

—Y porque me interesa el arte en todas sus manifestaciones.

Efectivamente: en un mueble atestado de libros y revistas estaba un ejemplar del último número de LA ESFERA, por cierto al lado de una colección completa de los primorosos libros que

saben contar cuanto hicieron ó debieron hacer, empecé á inquirir, como de costumbre, preguntando por el lugar de su nacimiento.

—Nací en Roma—me contestó—. Soy italiana.

—Ya tenemos una sorpresa para mucha gente que ignora eso—dije yo—, porque parece usted española...

—Soy hija de padre italiano y de madre española... Vine á España á los nueve años... Mi padre, que había estado en una buena posición, cuando la perdió, vino á España y se trajo la familia... De mi infancia, no hablemos... Su relato no afecta á mí sola, y no quisiera que ese recuerdo entristeciese á mi madre, como á mí me entristece el recordar los sacrificios que ella, de linaje aristocrático, hubo de hacer para sacar á sus hijos adelante, sin más apoyo que el de sus laboriosidad y su grandeza de alma... Son sacrificios y humillaciones cuyo recuerdo me hace mucho daño en el corazón. Por mí, le hablaría de ello.

Me parece muy respetable este deseo, sobre todo habiéndome dicho alguien una cosa que ha de sorprenderse seguramente á quienes la lean: que esta Reina del Arte que es Eugenia Zuffoli es de regia estirpe: descende del Rey y de Asturias Don Pelayo...

Y he aquí que este drama triste de la infancia de la graciosa artista, que á la par que era teccaría á una madre, interesaría al lector, he de escamotearlo á impulsos de mi caballerosidad, á la que no se apela en vano...

—¿Dónde se educó usted?—le pregunté.

—Aquí en Madrid, en el Sagrado Corazón...

—¿A qué edad vino usted á esta Corte?... Y no le pido á usted perdón por mentar la edad, por saber que está usted en la de poderla confesar con satisfacción. Usted ha saboreado el triunfo muy pronto...

—Tengo veintitrés años... A los nueve llegué á Madrid...

—¿Cómo era su carácter cuando niña?

—Alegre y traviesa; más bien mala. Eso, sí, estudiosa; nada coqueta y, desde luego, inclinada á la sencillez... Me ha gustado siempre la elegancia; pero hermanada y, aún mejor, sometida á la sencillez...

—¿Tenía usted entonces ya afición al arte teatral?

—Mucha. Era mi mejor ilusión... Lo que más me gustaba era representar, como representé en el teatrillo del Colegio, en las grandes solemnidades, comedias arregladas para niñas... Por cierto que lo que más me gustaba era representar los papeles de chico... A los once años me quedé huérfana de padre... Entre mi afición al teatro y mi deseo de aliviar á mi madre en la pe-



EUGENIA ZUFFOLI

para niños edita la casa Rivadeneyra, sin faltar, desde luego, la colección *Liliput*, ni *Alicia en el País de las Maravillas*. Confieso que al pronto me sorprendió el hallazgo allí de aquella literatura; pero como á mí me siguen gustando los cuentos para chicos, acabé por hallarlo natural.

—Lo difícil va á ser que yo le cuente nada de interés para el público—empezó diciendo—. Porque yo soy una mujer á la que no le ha ocurrido nada de extraordinario... Ni siquiera puedo decir que he luchado...

—¿Es posible?—le contesté—Y como esos confesores que al habérselas con confesandos que por rubor ó por falta de medios de expresión no

nosa carga de sacarnos adelante á sus hijos, dedicié dedicarme al teatro...

—¿Tan joven?

—Sí, señor. Tenía unos doce años. Es verdad que estaba bastante desarrollada para aparentar más edad, aunque no mucha más. Me fui al Gran Teatro, donde actuaba la Compañía de Revistas de Ursula López...

—¿Sin recomendación de nadie?

—En las Compañías que cultivan ese género no hace falta recomendación. Se presenta una, solicita ser admitida, y luego, si sirve, se queda allí. Yo me quedé de segunda tiple, y debuté en *La Tierra del Sol*, y mi labor... Al año siguiente me fui contratada á Buenos Aires en la Compañía de Eugenio Casals.

—Una pregunta un poco indiscreta, si usted no fuese una mujer van bella y de tanto talento: ¿Tuvo usted muchos pretendientes?

—No tuve más que uno, el que había de ser mi marido. Trabajaba entonces en la Compañía de Ortas, que actuaba en Rosario de Santa Fe... Nuestras relaciones fueron muy breves, y nos casamos en seguida.

—O ha dado usted un salto muy grande en el relato de su vida, ó ¿á qué edad se casó?

—A los catorce años.

—¿A los catorce años?—repetí yo sin poder contener mi sorpresa.

—Sí, señor. Siendo, por la edad, una criatura aún... Mi marido deseaba que yo no trabajase, y yo, creyendo que podría abandonar el Arte, me estuve dos meses sin trabajar, hecha una mujercita de mi casa... Pero cada día sentía más la nostalgia del arte, la ilusión del triunfo... Y le pedí á mi marido que me dejase volver al teatro. Y volví á él, y

regresamos á Madrid, donde debuté de segunda tiple cómica en la Zarzuela, con Ortas, en un papelito que solamente tenía unas palabras, de *El Amor bandolero*, de los hermanos Alvarez Quintero... De aquí nos fuimos al Mayo, de Buenos Aires, con Higinio Sierra. Pero donde en realidad comienza mi carrera teatral fué luego, en la Compañía de López Silva: empecé á hacer papeles con el de la Primorosa de *Las Bravías*, la Sol de *La Casa de Quirós*...

—Y entonces empezaron los verdaderos éxitos, los que satisfacen, ¿verdad?...

—Sí, señor; sobre todo, cuando mi marido...

—Sé que contrarió la modestia de su marido nombrándole; pero como le sé un excelentísimo artista que en esta temporada, como les pasa á otros artistas de esta misma Compañía, no han hallado papel que les permita lucir el mucho mérito que tienen, y, además, es un excelente director de Compañía, y, sobre todo, que, según su confesión de usted, son ustedes muy felices, voy á nombrarle: José Dóbal.

—Sí, señor, pues, cuando José Dóbal formó Compañía, yo debuté como primera tiple cómica en el Teatro Avenida, de Buenos Aires, con *La Tirana*, que me valió mi primer grande éxito, que se repitió en *La Casta Susana*, en *El Asombro de Damasco*. Después de cinco años, fuimos al Colón, de Lima, y un año más tarde, á la Habana, donde Velasco me contrató, y donde hube de debutar en condiciones desfavorables, porque me presenté en *El Diablo con faldas*, obra en la que tenía que luchar con el recuerdo de otra tiple que había gustado mucho en dicha obra... Y después de una tempo-

sentido, segura de que si la suerte lo quería el Éxito llegaría por sus pasos contados, ni contra los demás, pues nadie me ha puesto obstáculos en mi camino... Yo digo que el éxito ha venido á mí, en vez de ir yo á él...

—¿Diablo! —pienso yo al oírla— De creer á su modestia, no podría incluirla á usted entre las Domadoras del Éxito; para usted el Éxito no habría sido una fiera por domar, sino un manso perro amaestrado...

Entra en esto Pepe Dóbal, el marido de la artista.

—Oiga usted: ¿Cómo es Eugenia en cuanto á madre?

—¡Uf! Una cosa muy seria —me contesta.

—No lo crea usted. No hago más que lo que debo. Mi vida de artista no me permite tener

á mi hijito tan bajo mi vigilancia como yo desearía, y, ¡claro!, tengo que usar con él de severidades que á mí misma me duelen. No crea usted por esto que tengo al niño metido en un puño. Lo que pasa es que su padre, como buen andaluz—es de Triana—, tiene para el niño blanduras y tolerancias que yo no creo que debo tenerle... Y así, la criatura, en cuanto me ve sería, ó que empiezo á reprenderle, se pone á decir con su guasa infantil: «¡Uy! ¡Cómo está Roma hoy! Me voy á Triana, que allí está mejor el tiempo...»

Entonces me explico por qué están allí los libros infantiles de la Casa Rivadeneyra: para llevárselos al nene...

—¿Qué quisiera usted que fuese su hijito?—concluyo preguntándole.

—Pues—me contesta—si hubiera de llegar á ser una eminencia, artista. De lo que fuera, pero artista. Ahora, para ser una medianía le prefiero lo más distante de todo lo que sea arte...

Esta reina del arte piensa cual cumple á la sangre de rey que corre por sus venas, como el padre de Balzac: que en arte, ó hay que ser príncipe..., ó no ser artista...



Eugenia Zuffoli en uno de sus tipos de revistas



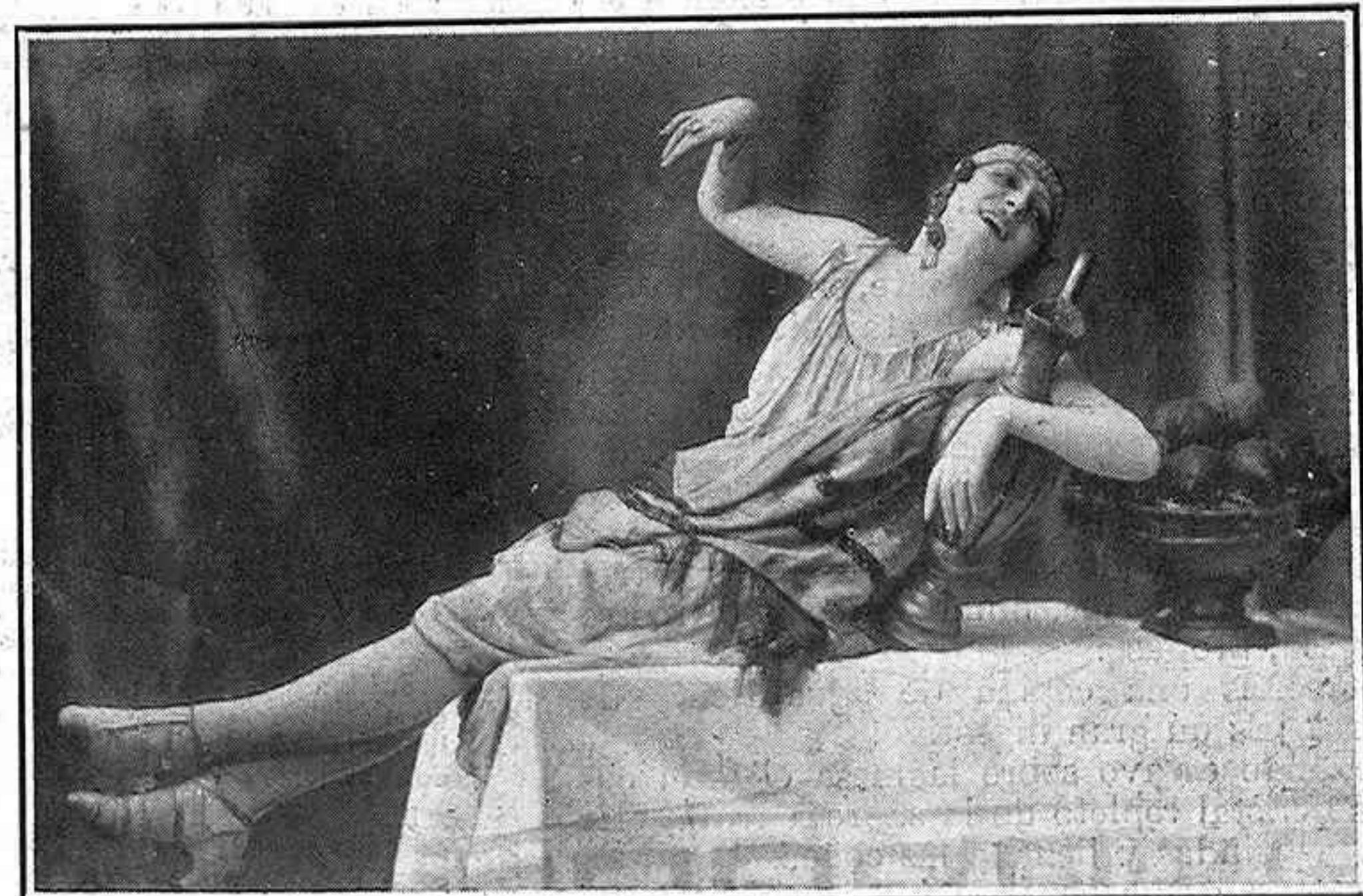
Eugenia Zuffoli en «Arco Iris»

FOT. CALVACHE

rada de ocho meses en Méjico, vine á España en esta Compañía, y sólo gratos recuerdos de gratitud tengo para este público de España, que tan bueno ha sido para mí... Con decirle á usted que ha habido poblaciones como Valencia, en las que se anunciaba la revista que estamos representando ahora en este teatro de este extraño modo: *Arco Iris-Zuffoli*.

—¿Y no recuerda usted ningún episodio de su vida de artista que tenga algo de novelesco?

—Ya le dije á usted que no tenía interés mi *interview*. Yo ni siquiera he luchado contra mi impaciencia, que nunca lá he

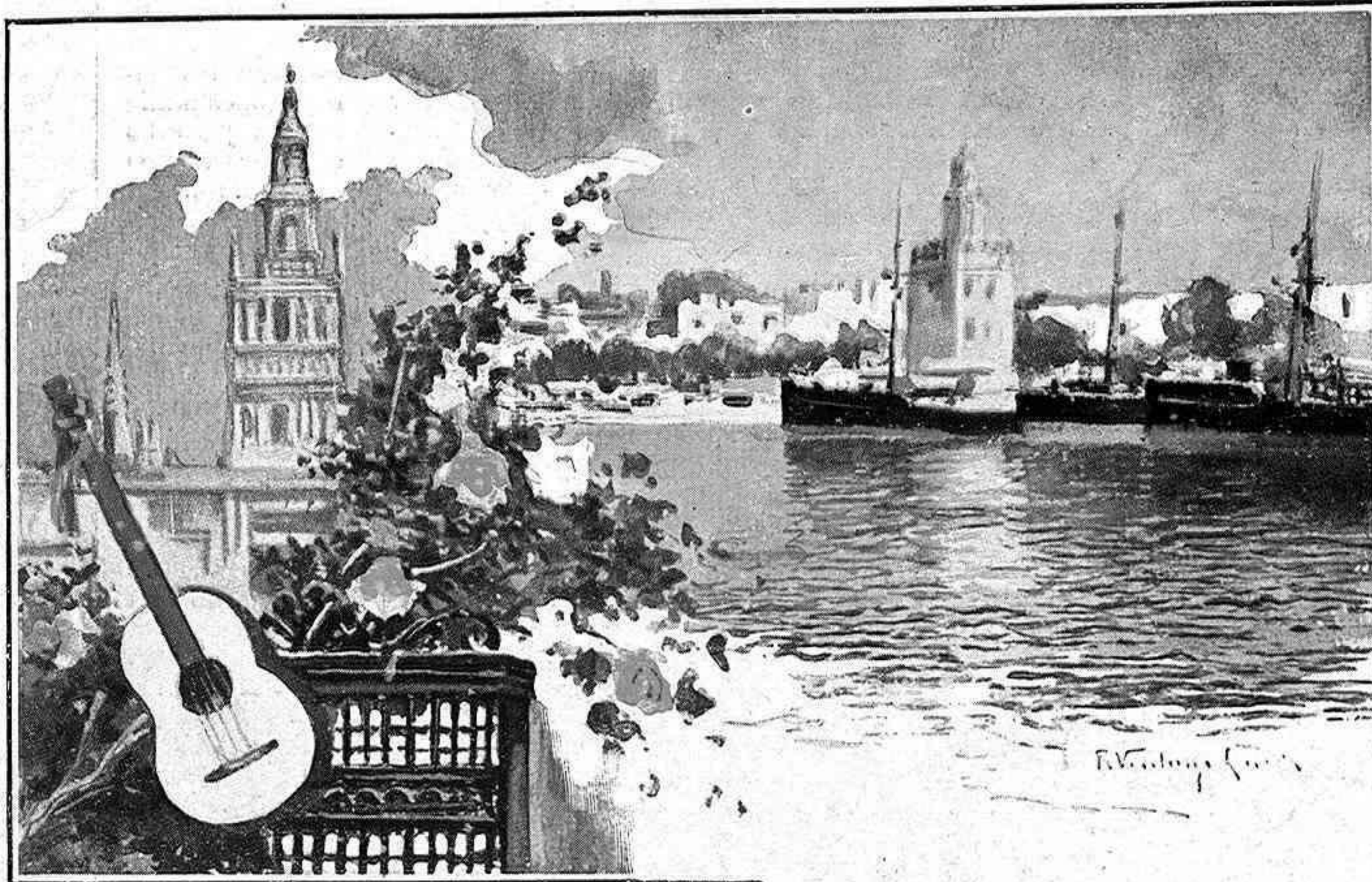


Eugenia Zuffoli en la revista «Ave, César!»

E. GONZALEZ FIOLE

MOTIVOS SEVILLANOS

AMOR INGENUO



Don Joseón
(CUENTO)

HAY que vivir siempre con dignidad, hijos míos—les decía doña Pacita, de sobremesa, aquella noche de invierno en la que la lluvia huracanada, azotando violentamente los cristales del balcón, parecía traer, en amalgama misteriosa, silbidos avisadores, gemebundos ayes y bramidos amenazantes.

Felipe había conquistado un nombre en la literatura, de la que vivía en París traduciendo obras y enviando crónicas y artículos a periódicos españoles y americanos.

Antonio era canónigo en la Catedral de Santiago de Compostela.

Y Miguel, banquero y comerciante en una ciudad castellana.

Los tres se habían reunido para pasar las fiestas de Nochebuena, Navidad y Año Nuevo con su anciana madre; y satisfechos, rebotantes de alegría, de verla también feliz, la miraban cariciosamente y la oían embobados.

—Decidme, hijos: cuando se estima uno a sí mismo y se mira y se ve que ha perdido la dignidad, ¿de qué podrán servirle los honores y las riquezas, si no cuenta con la estimación de las gentes honradas? ¿Qué bien y qué consuelo encontrará en los halagos y pleitesías que le rinda la turbamulta egoísta é indigna? Yo paso ya de los setenta años, he resistido con dignidad todos los embates de la vida y moriré con dignidad y llena de noble orgullo, porque sé que mis hijos, pobres ó ricos, son y sabrán ser siempre dignos. Sí, sí... ¡Moriré tranquila!...

Los tres protestaron. Y los ojos de doña Pacita comenzaron á humedecerse.

De nuevo protestaron los tres, rodeándola, en pugna para acariciarla, cogiendo sus manos, besándola en los ojos, en la frente, en los blanquísimos cabellos. Ella les besaba también, y decía:

—¡Si no lloro!... Es la dicha, que rebasa en mi corazón y se me asoma á los ojos; es de contenta que estoy al teneros á mi lado. Porque muchas veces pensaba que nunca habíamos de volver á reunirnos todos... Sentáos, sentáos... Obedecieron, y doña Pacita, tras dos ó tres cantarines carraspeos, iluminándosele el rostro de alegría, propuso:

—¿Queréis una copina de aguardiente de guindas? ¡Es un gran digestivo!

Y cuando estuvo sobre la mesa el gran cubeto de cristal repleto de la sabrosa fruta, ella les daba guindas y llenaba las copas.

—¿Nunca os he contado la historia de don Joseón?...

—Don Joseón era un hombre rico y solte-

Siendo niño tuve amores con una gentil chiquilla, la flor mejor de Sevilla, que es la ciudad de las flores.

Daban sus ojos fulgores acerados de cuchilla, y era su voz maravilla de alondras y ruiseñores.

Flexib'e su cuerpo era como tronco de palmera cercana al Guadalquivir.

Y el campanario armonioso de la Giralda, cioso, la escuchaba sonreír.

•••••

¡Barrio de la Macarena, barrio rumboso y torero, donde brillaba el lucero de su carita morenal

¡Calle apartada y serena, donde tuvo aque jilguero prisión tras un macetero de albahaca y hierbabuena!

Allí, en la reja moruna, su blanco rostro de luna irradiaba el puro brillo

que ostenta en su peregrina gracia de maja divina la Concepción de Murillo.

•••••

¡Cuánto cariño sincero puse en aquella gitana, tan chiquita y tan lozana como la flor del romero!

Era mi sol, mi lucero, mi presente y mi mañana. ¡Los hierros de su ventana me tenían prisionero!

Yo le decía: "Ni años, ni penas, ni desengaños podrán jamás d'cidirme

á abandonar mi tesoro. ¡Es mi cariño tan firme como la Torre del Oro!"

•••••

Ella también me quería. Cuando á la reja llegaba, sobre su frente brillaba la estrella de la alegría.

—¡Quiéreme mucho!—decía. La besaba y me besaba.

Y, luego, su voz temblaba:

—¡Sin tu amor me moriría!

Y como temo al olvido, aunque con besos me selles lo firme de tu querer,

que lo protejan les pido á la Virgen de los Reyes y al Señor del Gran Poder.

•••••

Fué tan grande su ternura, que en mi vida, ya ruinosa, la fragancia luminosa de aquel idilio perdura.

Idilio cuya dulzura era en su boca de rosa como abeja rumorosa del panal de mi ventura.

¡Promesas que florecían, entre el llorar de una queja, como el agua en los regatos!

¡Palabras que merecían haber sonado en la reja de la Casa de Pilatos!

Tocada con la mantilla, en tardes de sol y toros, iba levantando coros de entusiasmo y maravilla.

Su paso de "seguidilla", sus taconcos sonoros, pregonaban los tesoros de aquella flor de Sevilla.

Y su carita hechicera, presa entre las blondas, era de gracia tan sevillana

y encanto tan andaluz como el Puente de Triana ó el barrio de Santa Cruz.

•••••

Cuando llegaba á la plaza, feliz, airosa y fragante, parecía la triunfante encarnación de la raza.

Ya en el tendido, la traza perfecta de su semblante se alteraba como ante la impresión de una amenaza.

Y es que del drama sangriento la emoción y el sentimiento, turbando su alma de rosa,

la hacía ser, como fué, trágica, bella y piadosa, la Carmen de Merimée.

•••••

En noches de fiesta y luna, si la guitarra sonaba, bailando como ninguna, como ninguna cantaba.

Agil su cuerpo cimbraba preso en la danza moruna, mientras su voz se lozaba cantos de amor sin fortuna.

Y era la copla en sus labios queja de du'ces agravios, rumor de alegre fontana,

voz enclada y esquiva, llorar de mora cautiva y maldición de gitana.

•••••

—Cuando me case contigo— me dijo una noche—, Alberto, quiero vivir en un huerto, lejos de todo testigo.

Tú contemplarás conmigo las flores que hayan abierto. Mas si ves que alguna ha muerto, ponla del viento al abrigo.

¡No quiero que el viento arroje lejos la flor que deshoje!— ¿Fué, tal vez, revelación?

¡También la muerte maldita como una rosa marchita se llevó su corazón!

•••••

Aquella flor tan lozana, tan roja y tan encendida, se marchitó desprendida del rosal de su ventana.

¡Se murió mi sevillana! Fué agotándose su vida como una estrella perdida cuando brilla la mañana.

Desde entonces el recuerdo doloroso en que me pierdo no he logrado que se borre.

Y á la par que mi gemir, ¡hasta parece que corre, llorando, el Guadalquivir!

Alberto A. CIENFUEGOS
DIBUJO DE VERDUGO BANDI

rón, descendiente de familias nobles, que tenía su casa solariega en un pueblo en el que vuestro abuelo tenía también buenas haciendas. Según anuncia su nombre, y vosotros habréis ya supuesto, era de arrogante figura; acaso demasiado alto. Tenía cierto empaque un poco fanfarrón; pero sus finas maneras, su afabilidad, sus cordiales sonrisas y la sencillez con que hablaba á los humildes le granjearon el respeto y cariño de cuantos le conocían. Era yo muy niña, y aún recuerdo una vez que le vi con su levitón y flamante chistera.

En la parte moral decían que nada dejaba que desear. Religioso sin intransigencias, caritativo sin vanos alardes, justo, pero misericordioso...

Como era muy rico, viajaba por España y algunas capitales del Extranjero. En uno de esos viajes conoció una mujer de la que, por lo visto, se enamoró perdidamente... Sí. Esta es la palabra. Perdidamente, porque fué su ruina. Yo oí decir que era una mujer bellísima, pero diabólica, fatal. Las mujeres... ¡Las mujeres!... No está bien que yo las ataque; pero bueno será que os advierta el grave peligro que corre el hombre que llega á ellas con el corazón en la mano. Hay que acercarse con gran precaución y no perder nunca la cabeza. Total: que por ella derrochó, jugó. Y cuando para cumplir sus compromisos y pagar las deudas de juego que había adquirido bajo su palabra de honor tuvo que malvender todo su patrimonio, ella le abandonó por otro...

¿Y queréis saber lo que hizo don Joseón? Purgar su falta, recluso con dignidad en su casona solariega con dos vacas de leche, que fué lo único que salvó en su desdichada aventura. Despidió todos los criados. El mismo se guisaba, llevaba á pacer las vacas, ordeñándolas y distribuyendo la leche que mandaba diariamente por un chico á la ciudad próxima. Y así vivió unos pocos años, lleno de privaciones, sin solicitar ayuda de nadie, sin admitir dádivas ó mercedes que pudieran humillarle, sin perder sus finas maneras, su afabilidad, sus cordiales sonrisas... Pero un día las puertas de la casona solariega no se abrieron... ¡Don Joseón había muerto, solo, acaso de hambre!...

—¿Queréis otra guinda, otra copina de aguardiente?... ¿Nos vamos á acostar?...

Los tres acompañaron á su madre hasta la alcoba, á cuya puerta les despidió con sendos besos.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana.

—Buenas noches.

Y se fueron cada uno á su cuarto.

Felipe se puso á escribir una crónica.

Antonio rezó largo rato de rodillas en la alcoba.

Miguel tardó más que de costumbre en conciliar el sueño.

FÉLIX CUQUERELLA

ESCENAS MADRILEÑAS



EL TOSTADERO DE CAFÉ

Dibujo original de Francisco Sancha

VIDA ARTÍSTICA SANCHA O LA INQUIETUD



«El mendigo ciego»

sería suficiente motivo de gloria ó de conveniencia. Así, como la vida, la obra de Sancha ofrece el espectáculo noblemente impetuoso de la diversidad. Diversidad de temas, procedimientos, motivos y emociones. Desde sus figuras monstruosas y grotescas, hechas á la sombra de Goya, en *La Vida Literaria*, *La Revista Moderna* ó *Madrid Cómico*, hace veinticinco años, hasta las reencontradas escenas madrileñas que ahora dibuja para LA ESFERA, el índice de su vida artística está colmado de propósitos y logros diferentes.

Caricaturas simplemente zumbonas, que habrían de imponer la inicial evolución del arte humorístico español á principio del siglo XIX; siluetas de muchachas elegantes y lánguidas bajo los grandes sombreros del 900, que penumbraban el rostro y hacían perversos los labios gordezuelos y sensuales; chicos de facios redondas y pupilas desmesuradamente abiertas para comprender el enigma de la vida en sus primeras revelaciones; nodrizas y niñeras en los plácidos jardines urbanos de París; retratos serios, concienzudos, con una certera agudeza en la psicología y una seguridad esquemática en la forma; *charges* personalistas que los satirizados no suelen perdonar; paisajes de austera melancolía, de amargura desolada; estampas de un cromatismo ingravido, sutil, con japonizantes reminiscencias; escapadas cubistas en Londres y nostalgias de España con una exaltación exorística.



«Tomando el sol»

Francisco Sancha se ha reintegrado á Madrid. ¿Por cuánto tiempo? El mismo no sabría contestarlo. La voz sirenaica, que siempre intrigo su indolencia andaluza y su insatisfacción estética, ahora canta en las calles pintorescas de los barrios populares y en los vespers pálidos de los suburbios castizos. Pero mañana, acaso, le arrebate á lejanos espectáculos y aventuras nuevas. Porque este artista de la apariencia tranquila, grave, del britanismo externo, con su rostro largo surcado de arrugas desde la adolescencia y con una eterna mocedad florida de azul porcelana en sus pupilas, es un apasionado de la inquietud. Cada época de su arte ha parecido rectificar las anteriores y no hacia presentar las siguientes.

Fuó el primer caricaturista español en distintas tendencias. Los que detrás de él venían ó junto á él caminaban, lo imitaron servilmente. Había el sanchismo en caricatura como el sorollismo ó el zuloaguismo en la pintura coincidente. Y este hombre de los ademanes fríos, el habla parca y punzante, los ojos demasiado claros y la sonrisa silenciosa, se burlaba discretamente de sus secuaces con el mismo ingenio que zahería costumbres, ideas y personajes contemporáneos en sus dibujos humorísticos.

¡Qué enorme y varia ejemplaridad la de Francisco Sancha para los obstinados en un hallazgo mediocre y una ambición exigua! Ni un solo instante sugiere la idea de considerarse seguro de la ruta definitiva. Juega á destruir ó por lo menos olvidar lo que para muchos



«Maternidad»

para muchos sería suficiente motivo de gloria ó de conveniencia. Así, como la vida, la obra de Sancha ofrece el espectáculo noblemente impetuoso de la diversidad. Diversidad de temas, procedimientos, motivos y emociones. Desde sus figuras monstruosas y grotescas, hechas á la sombra de Goya, en *La Vida Literaria*, *La Revista Moderna* ó *Madrid Cómico*, hace veinticinco años, hasta las reencontradas escenas madrileñas que ahora dibuja para LA ESFERA, el índice de su vida artística está colmado de propósitos y logros diferentes.

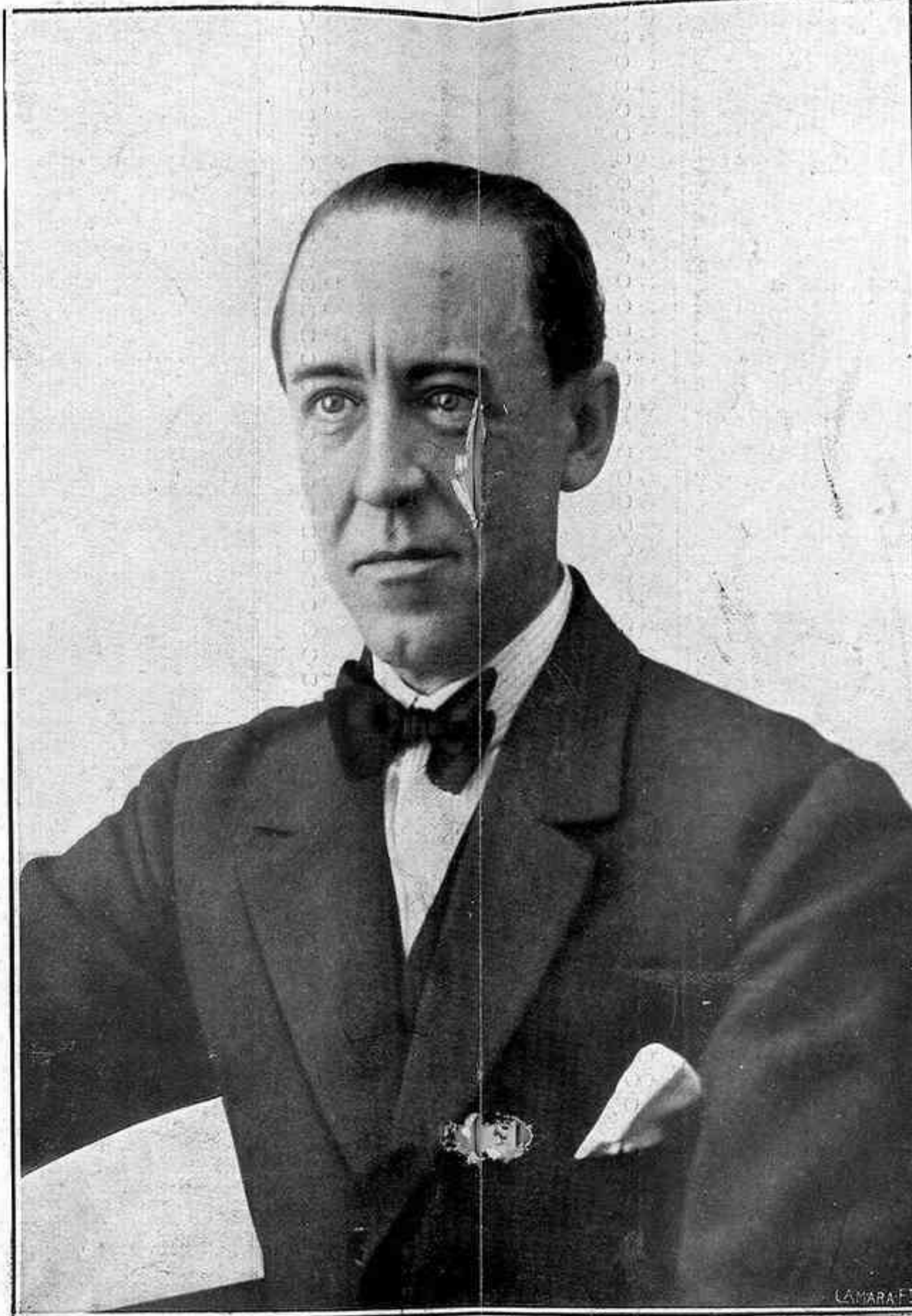
Y siempre, como cualidad intrínseca, como el penacho de su sensibilidad, una profunda huella de humorismo.

A lo largo de la vida y del arte de Sancha las estadas en Madrid alternan con las de París y Londres. Y su inquietud asimila los ambientes y las normas de manera franca, con responsables rasgos y esfuerzos inéditos.

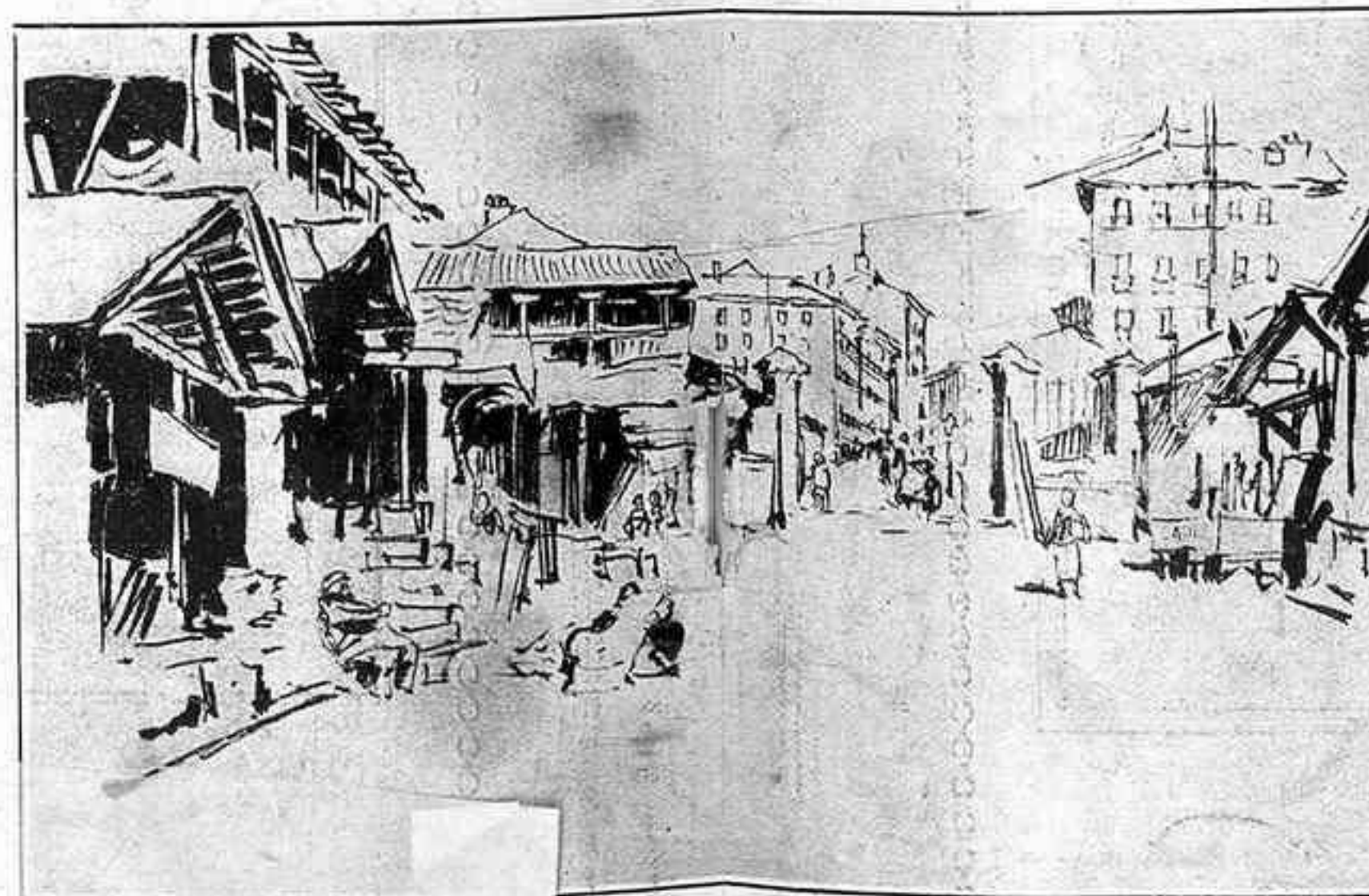
Francia depura su obsesión goyesca. Le moderniza coetáneamente. Le acostumbra á estudiar el natural en los ejemplos multitudinarios. De esta época data su afición á sorprender las actitudes y las expresiones de los chicos. ¡Inconfundibles chiquillos los de Sancha, con sus gestos desopilantes de asombro, de indecisión, de seriedad precoz, sencillotes, mofletudos, y entre las mocerías con libreas lujosas. A Sancha le gustaban los *babys* limpios, bien vestidos. Reservaba para los hombres el dolor, la suciedad, la miseria...

Audando el tiempo, uno de sus mejores cuadros había de ser el retrato de sus hijos, de estos dos hombres altos, delgados, con los ojos claros que le acompañan ahora en las correrías y las tertulias por Madrid á casa de motivos.

Al volver de París Sancha empieza á colaborar en *Blanco y Negro*. Nueva



FRANCISCO SANCHA



«El Rastro de Madrid»

fase evolutiva. Surgen las primeras escenas madrileñas. Algunas magistrales: *La taberna*, *El volquete*.

Y en este último el aspecto inédito hasta entonces en Sancha; pero que ya no habrá de abandonar: el paisaje. Nadie como él ha pintado los suburbios de Madrid, las tierras escombrosas, las casas lepradas, los hombres feroces, los boriccos escualidos, las mujeres harapientas y los cielos trágicos de la invernada. Aquellos paisajes de Sancha tenían una desgarradora melancolía, una desolación áspera; el alma ruda y enfermiza de aquel Madrid quedó plasmada felizmente.

Después, con la revista *Alegria*, el arte de Sancha se aclara, adquiere simpática simplicidad de buen tono. Surge un nuevo tema humorístico: las muchachas que habían de ser las mamás de estas cargantes tobilleras desvergonzadas y foxtrotistas de hoy.

Como los chiquillos, nodrizas y niñeras parisienses, como los personajes y tipos madrileños, las mujercitas elegantes de Sancha definían una personalidad.

Estradas, frágiles y ondulantes en los trajes ceñidos. Tenían los ojos grandes y las bocas carnosas. Las manos largas caían siempre bien sobre la falda



«La iglesia de San Sebastián»

de calíz invertido, sobre el puño de la sombrilla alta ó el respaldo frágil de un silloncito «moderno estilo».

Y así como los chicos de Sancha eran, con preferencia inconfundible, ingenuos y cándidos, las jovencitas expresaban cierta perversidad de heroínas á lo Prevost traducido por Benavente.

Es también entonces el período en que Sancha se inclina al arte sereno, reposado y hondo del retrato. Vive en El Escorial y se colma de castellanía, de aire libre y de apaciguamiento reflexivo.

De su aspiración reciente, de su dominio cada vez más ahincado en el paisaje y culminado todo ello por su temperamento de gran humorista, nace *El paseo de su Eminencia*, cuadro que obtuvo segunda medalla en la Exposición Nacional de 1910. Obra concisa, sobria, por encima de la cual flota el espíritu cautivo de nuestra vieja raza.

Asegura *El paseo de su Eminencia* la legítima incorporación de Sancha á la moderna falange de los grandes pintores españoles. Acaso habría hallado la ruta propicia y decisiva. El humorista iba á crear una serie de obras más duraderas que las estampas hebdomadarias de las revistas.

Y sin embargo... Otra vez la inquietud de Francisco Sancha lo arrebata á Madrid y á su reputación. Se marcha á Londres, y él, que parecía un inglés en España, será un inglés más en Inglaterra, con su rostro afeitado y largo, sus ojos claros, su pipa corta y su *overall* de obrero londinense.

En Londres sigue dibujando sátiras, pintando paisajes, retratando gentes; pero, además, construye muebles. Como el alemán Bruno Paul, pasa, sin esfuerzo, ni

desgano, de las escenas humorísticas á la ornamentación de los hogares. Y no podía menos de sentir la inquietud viajera otra vez; la nostalgia de España le hace abandonar Inglaterra, donde ya tenía un prestigio fructífero. Nuevamente en Madrid con la carpeta de dibujos y el afán de superarse.

Con la madurez física é intelectual su arte rubrica las excelencias pretéritas. Resurge en estos dibujos recientes aquella seguridad de la línea buscando la expresión interior que en los momentos intensos reflejan la verdadera característica de la personalidad. Sancha es siempre el sagaz aprehensor de las gentes y los ambientes típicos, de los paisajes esquematizados ya en una maestría innegable. Las luchas con los obstáculos rebeldes á los primeros intentos del artista, con el anonimato desdenoso, con el descontento íntimo, queanula á tantos temperamentos positivos, están ya lejos.

Todo aquello, dolores, locuras, quimeras, ha traído esto: la gloria á una frente joven y la impassibilidad levemente melancólica, al rostro afeitado, donde brillan enigmáticas, penetrantes, dos pupilas claras que todavía no se cansan de mirarse cara á cara á la vida.

José FRANCES



«Un arriero»



«El mendigo de las coplas»

VIDA ARTÍSTICA

SANCHA O LA INQUIETUD



«El mendigo ciego»

sería suficiente motivo de gloria ó de conveniencia. Así, como la vida, la obra de Sancha ofrece el espectáculo noblemente impetuoso de la diversidad. Diversidad de temas, procedimientos, motivos y emociones. Desde sus figuras monstruosas y grotescas, hechas á la sombra de Goya, en *La Vida Literaria*, *La Revista Moderna* ó *Madrid Cómico*, hace veinticinco años, hasta las reencontradas escenas madrileñas que ahora dibuja para LA ESFERA, el índice de su vida artística está colmado de propósitos y logros diferentes.

Caricaturas simplemente zumbonas, que habrían de imponer la inicial evolución del arte humorístico español á principio del siglo XIX; siluetas de muchachas elegantes y lánguidas bajo los grandes sombreros del 900, que penumbraban el rostro y hacían perversos los labios gordezuelos y sensuales; chicos de facies redondas y pupilas desmesuradamente abiertas para comprender el enigma de la vida en sus primeras revelaciones; nodrizas y niñeras en los plácidos jardines urbanos de París; retratos serios, concienzudos, con una cierta agudeza en la psicología y una seguridad esquemática en la forma; *charges* personalistas que los satirizados no suelen perdonar; paisajes de austera melancolía, de amargura desolada; estampas de un cromatismo ingrúvido, sutil,



«Tomando el sol»

Francisco Sancha se ha reintegrado á Madrid. ¿Por cuánto tiempo? El mismo no sabría contestarlo. La voz sirenaica, que siempre intrigó su indolencia andaluza y su insatisfacción estética, ahora canta en las calles pintorescas de los barrios populares y en los véspedes pálidos de los suburbios castizos. Pero mañana, acaso, le arrebató á lejanos espectáculos y aventuras nuevas. Porque este artista de la apariencia tranquila, grave, del britanismo externo, con su rostro largo surcado de arrugas desde la adolescencia y con una eterna mocedad florida de azul porcelana en sus pupilas, es un apasionado de la inquietud. Cada época de su arte ha parecido rectificar las anteriores y no hacía presentir las siguientes.

Fué el primer caricaturista español en distintas tendencias. Los que detrás de él venían ó junto á él caminaban, lo imitaron servilmente. Había el sanchismo en caricatura como el sorollismo ó el zuloaguismo en la pintura coincidente. Y este hombre de los ademanes fríos, el habla parca y punzante, los ojos demasiado claros y la sonrisa silenciosa, se burlaba discretamente de sus secuaces con el mismo ingenio que zahería costumbres, ideas y personajes contemporáneos en sus dibujos humorísticos.

¡Qué enorme y varia ejemplaridad la de Francisco Sancha para los obstinados en un hallazgo mediocre y una ambición exigua! Ni un solo instante sugiere la idea de considerarse seguro de la ruta definitiva. Juega á destruir ó por lo menos olvidar lo que para muchos



«Maternidad»

con japonizantes reminiscencias; escapadas cubistas en Londres y nostalgias de España con una exaltación exorística. Y siempre, como cualidad intrínseca, como el penacho de su sensibilidad, una profunda huella de humorismo. A lo largo de la vida y del arte de Sancha las estadas en Madrid alternan con las de París y Londres. Y su inquietud asimila los ambientes y las normas de manera franca, con responsables rasgos y esfuerzos inéditos. Francia depura su obsesión goyesca. Le moderniza coetáneamente. Le acostumbra á estudiar el natural en los ejemplos multitudinarios. De esta época data su afición á sorprender las actitudes y las expresiones de los chicos. ¡Inconfundibles chiquillos los de Sancha, con sus gestos desopilantes de asombro, de indecisión, de seriedad precoz, sepiñotes, moñetudos, y entre las mercenarias con libreas lujosas. A Sancha le gustaban los *babys* limpios, bien vestidos. Reservaba para los hombres el dolor, la sociedad, la miseria...

Andando el tiempo, uno de sus mejores cuadros había de ser el retrato de sus hijos, de estos dos hombres altos, delgados, con los ojos claros que le acompañan ahora en las correrías y las tertulias por Madrid á caza de motivos. Al volver de París Sancha empieza á colaborar en *Blanco y Negro*. Nueva

fase evolutiva. Surgen las primeras escenas madrileñas. Algunas magistrales: *La taberna*, *El volquete*.

Y en este último el aspecto inédito hasta entonces en Sancha; pero que ya no habrá de abandonar: el paisaje. Nadie como él ha pintado los suburbios de Madrid, las tierras escombrosas, las casas lepradas, los hombres feroces, los borricos escualidos, las mujeres harapientas y los ciclos trágicos de la invernada. Aquellos paisajes de Sancha tenían una desgarradora melancolía, una desolación áspera; el alma ruda y enfermiza de aquel Madrid quedó plasmada felizmente.

Después, con la revista *Alegría*, el arte de Sancha se aclara, adquiere simpática simplicidad de buen tono. Surge un nuevo tema humorístico: las muchachas que habían de ser las mamás de estas cargantes tobilleras desvergonzadas y foxtroteístas de hoy.

Como los chiquillos, nodrizas y niñeras parisenses, como los personajes y tipos madrileños, las mujercitas elegantes de Sancha definían una personalidad. Estiradas, frágiles y ondulantes en los trajes ceñidos. Tenían los ojos grandes y las bocas carnosas. Las manos largas caían siempre bien sobre la falda



FRANCISCO SANCHA



«El Rastro de Madrid»

de cáliz invertido, sobre el puño de la sombrilla alta ó el respaldo frágil de un silloncito «moderno estilo».

Y así como los chicos de Sancha eran, con preferencia inconfundible, ingeniosos y cándidos, las jovencitas expresaban cierta perversidad de heroínas á lo Prevost traducida por Benavente.

Es también entonces el período en que Sancha se inclina al arte sereno, reposado y hondo del retrato. Vive en El Escorial y se colma de castellanía, de aire libre y de apaciguamiento reflexivo.

De su aspiración reciente, de su dominio cada vez más abincado en el paisaje y culminado todo ello por su temperamento de gran humorista, nace *El paseo de su Eminencia*, cuadro que obtuvo segunda medalla en la Exposición Nacional de 1910. Obra concisa, sobria, por encima de la cual flota el espíritu cautivo de nuestra vieja raza.

Asegura *El paseo de su Eminencia* la legítima incorporación de Sancha á la moderna falange de los grandes pintores españoles. Acaso habría hallado la ruta propicia y decisiva. El humorista iba á crear una serie de obras más duraderas que las estampas hebdomadarias de las revistas.

Y sin embargo... Otra vez la inquietud de Francisco Sancha lo arrebató á Madrid y á su reputación. Se marcha á Londres, y él, que parecía un inglés en España, será un inglés más en Inglaterra, con su rostro afeitado y largo, sus ojos claros, su pipa corta y su *overall* de obrero londinense.

En Londres sigue dibujando sátiras, pintando paisajes, retratando gentes; pero, además, construye muebles. Como el alemán Bruno Paul, pasa, sin esfuerzo, ni

desgano, de las escenas humorísticas á la ornamentación de los hogares.

Y no podía menos de sentir la inquietud viajera otra vez; la nostalgia de España le hace abandonar Inglaterra, donde ya tenía un prestigio fructífero.

Nuevamente en Madrid con la carpeta de dibujos y el afán de superarse.

Con la madurez física é intelectual su arte rubrica las excelencias pretéritas. Resurge en estos dibujos recientes aquella seguridad de la línea buscando la expresión interior que en los momentos intensos reflejan la verdadera característica de la personalidad. Sancha es siempre el sagaz aprehensor de las gentes y los ambientes típicos, de los paisajes esquematizados ya en una maestría innegable. Las luchas con los obstáculos rebeldes á los primeros intentos del artista, con el anonimato desdeñoso, con el descontento íntimo, queanula á tantos temperamentos positivos, están ya lejos.

Todo aquello, dolores, locuras, quimeras, ha traído esto: la gloria á una frente joven y la impasibilidad levemente melancólica, al rostro afeitado, donde brillan enigmáticas, penetrantes, dos pupilas claras que todavía no se cansan de mirar cara á cara á la vida.

Con la madurez física é intelectual su arte rubrica las excelencias pretéritas. Resurge en estos dibujos recientes aquella seguridad de la línea buscando la expresión interior que en los momentos intensos reflejan la verdadera característica de la personalidad. Sancha es siempre el sagaz aprehensor de las gentes y los ambientes típicos, de los paisajes esquematizados ya en una maestría innegable. Las luchas con los obstáculos rebeldes á los primeros intentos del artista, con el anonimato desdeñoso, con el descontento íntimo, queanula á tantos temperamentos positivos, están ya lejos.

Todo aquello, dolores, locuras, quimeras, ha traído esto: la gloria á una frente joven y la impasibilidad levemente melancólica, al rostro afeitado, donde brillan enigmáticas, penetrantes, dos pupilas claras que todavía no se cansan de mirar cara á cara á la vida.

Y en este último el aspecto inédito hasta entonces en Sancha; pero que ya no habrá de abandonar: el paisaje. Nadie como él ha pintado los suburbios de Madrid, las tierras escombrosas, las casas lepradas, los hombres feroces, los borricos escualidos, las mujeres harapientas y los ciclos trágicos de la invernada. Aquellos paisajes de Sancha tenían una desgarradora melancolía, una desolación áspera; el alma ruda y enfermiza de aquel Madrid quedó plasmada felizmente.

Después, con la revista *Alegría*, el arte de Sancha se aclara, adquiere simpática simplicidad de buen tono. Surge un nuevo tema humorístico: las muchachas que habían de ser las mamás de estas cargantes tobilleras desvergonzadas y foxtroteístas de hoy.

Como los chiquillos, nodrizas y niñeras parisenses, como los personajes y tipos madrileños, las mujercitas elegantes de Sancha definían una personalidad. Estiradas, frágiles y ondulantes en los trajes ceñidos. Tenían los ojos grandes y las bocas carnosas. Las manos largas caían siempre bien sobre la falda

de cáliz invertido, sobre el puño de la sombrilla alta ó el respaldo frágil de un silloncito «moderno estilo».

Y así como los chicos de Sancha eran, con preferencia inconfundible, ingeniosos y cándidos, las jovencitas expresaban cierta perversidad de heroínas á lo Prevost traducida por Benavente.

Es también entonces el período en que Sancha se inclina al arte sereno, reposado y hondo del retrato. Vive en El Escorial y se colma de castellanía, de aire libre y de apaciguamiento reflexivo.

De su aspiración reciente, de su dominio cada vez más abincado en el paisaje y culminado todo ello por su temperamento de gran humorista, nace *El paseo de su Eminencia*, cuadro que obtuvo segunda medalla en la Exposición Nacional de 1910. Obra concisa, sobria, por encima de la cual flota el espíritu cautivo de nuestra vieja raza.

Asegura *El paseo de su Eminencia* la legítima incorporación de Sancha á la moderna falange de los grandes pintores españoles. Acaso habría hallado la ruta propicia y decisiva. El humorista iba á crear una serie de obras más duraderas que las estampas hebdomadarias de las revistas.

Y sin embargo... Otra vez la inquietud de Francisco Sancha lo arrebató á Madrid y á su reputación. Se marcha á Londres, y él, que parecía un inglés en España, será un inglés más en Inglaterra, con su rostro afeitado y largo, sus ojos claros, su pipa corta y su *overall* de obrero londinense.

En Londres sigue dibujando sátiras, pintando paisajes, retratando gentes; pero, además, construye muebles. Como el alemán Bruno Paul, pasa, sin esfuerzo, ni

desgano, de las escenas humorísticas á la ornamentación de los hogares.

Y no podía menos de sentir la inquietud viajera otra vez; la nostalgia de España le hace abandonar Inglaterra, donde ya tenía un prestigio fructífero.

Nuevamente en Madrid con la carpeta de dibujos y el afán de superarse.

Con la madurez física é intelectual su arte rubrica las excelencias pretéritas. Resurge en estos dibujos recientes aquella seguridad de la línea buscando la expresión interior que en los momentos intensos reflejan la verdadera característica de la personalidad. Sancha es siempre el sagaz aprehensor de las gentes y los ambientes típicos, de los paisajes esquematizados ya en una maestría innegable. Las luchas con los obstáculos rebeldes á los primeros intentos del artista, con el anonimato desdeñoso, con el descontento íntimo, queanula á tantos temperamentos positivos, están ya lejos.

Todo aquello, dolores, locuras, quimeras, ha traído esto: la gloria á una frente joven y la impasibilidad levemente melancólica, al rostro afeitado, donde brillan enigmáticas, penetrantes, dos pupilas claras que todavía no se cansan de mirar cara á cara á la vida.

Y en este último el aspecto inédito hasta entonces en Sancha; pero que ya no habrá de abandonar: el paisaje. Nadie como él ha pintado los suburbios de Madrid, las tierras escombrosas, las casas lepradas, los hombres feroces, los borricos escualidos, las mujeres harapientas y los ciclos trágicos de la invernada. Aquellos paisajes de Sancha tenían una desgarradora melancolía, una desolación áspera; el alma ruda y enfermiza de aquel Madrid quedó plasmada felizmente.

Después, con la revista *Alegría*, el arte de Sancha se aclara, adquiere simpática simplicidad de buen tono. Surge un nuevo tema humorístico: las muchachas que habían de ser las mamás de estas cargantes tobilleras desvergonzadas y foxtroteístas de hoy.

Como los chiquillos, nodrizas y niñeras parisenses, como los personajes y tipos madrileños, las mujercitas elegantes de Sancha definían una personalidad. Estiradas, frágiles y ondulantes en los trajes ceñidos. Tenían los ojos grandes y las bocas carnosas. Las manos largas caían siempre bien sobre la falda

de cáliz invertido, sobre el puño de la sombrilla alta ó el respaldo frágil de un silloncito «moderno estilo».

Y así como los chicos de Sancha eran, con preferencia inconfundible, ingeniosos y cándidos, las jovencitas expresaban cierta perversidad de heroínas á lo Prevost traducida por Benavente.

Es también entonces el período en que Sancha se inclina al arte sereno, reposado y hondo del retrato. Vive en El Escorial y se colma de castellanía, de aire libre y de apaciguamiento reflexivo.

De su aspiración reciente, de su dominio cada vez más abincado en el paisaje y culminado todo ello por su temperamento de gran humorista, nace *El paseo de su Eminencia*, cuadro que obtuvo segunda medalla en la Exposición Nacional de 1910. Obra concisa, sobria, por encima de la cual flota el espíritu cautivo de nuestra vieja raza.

Asegura *El paseo de su Eminencia* la legítima incorporación de Sancha á la moderna falange de los grandes pintores españoles. Acaso habría hallado la ruta propicia y decisiva. El humorista iba á crear una serie de obras más duraderas que las estampas hebdomadarias de las revistas.

Y sin embargo... Otra vez la inquietud de Francisco Sancha lo arrebató á Madrid y á su reputación. Se marcha á Londres, y él, que parecía un inglés en España, será un inglés más en Inglaterra, con su rostro afeitado y largo, sus ojos claros, su pipa corta y su *overall* de obrero londinense.

En Londres sigue dibujando sátiras, pintando paisajes, retratando gentes; pero, además, construye muebles. Como el alemán Bruno Paul, pasa, sin esfuerzo, ni

desgano, de las escenas humorísticas á la ornamentación de los hogares.

Y no podía menos de sentir la inquietud viajera otra vez; la nostalgia de España le hace abandonar Inglaterra, donde ya tenía un prestigio fructífero.

Nuevamente en Madrid con la carpeta de dibujos y el afán de superarse.



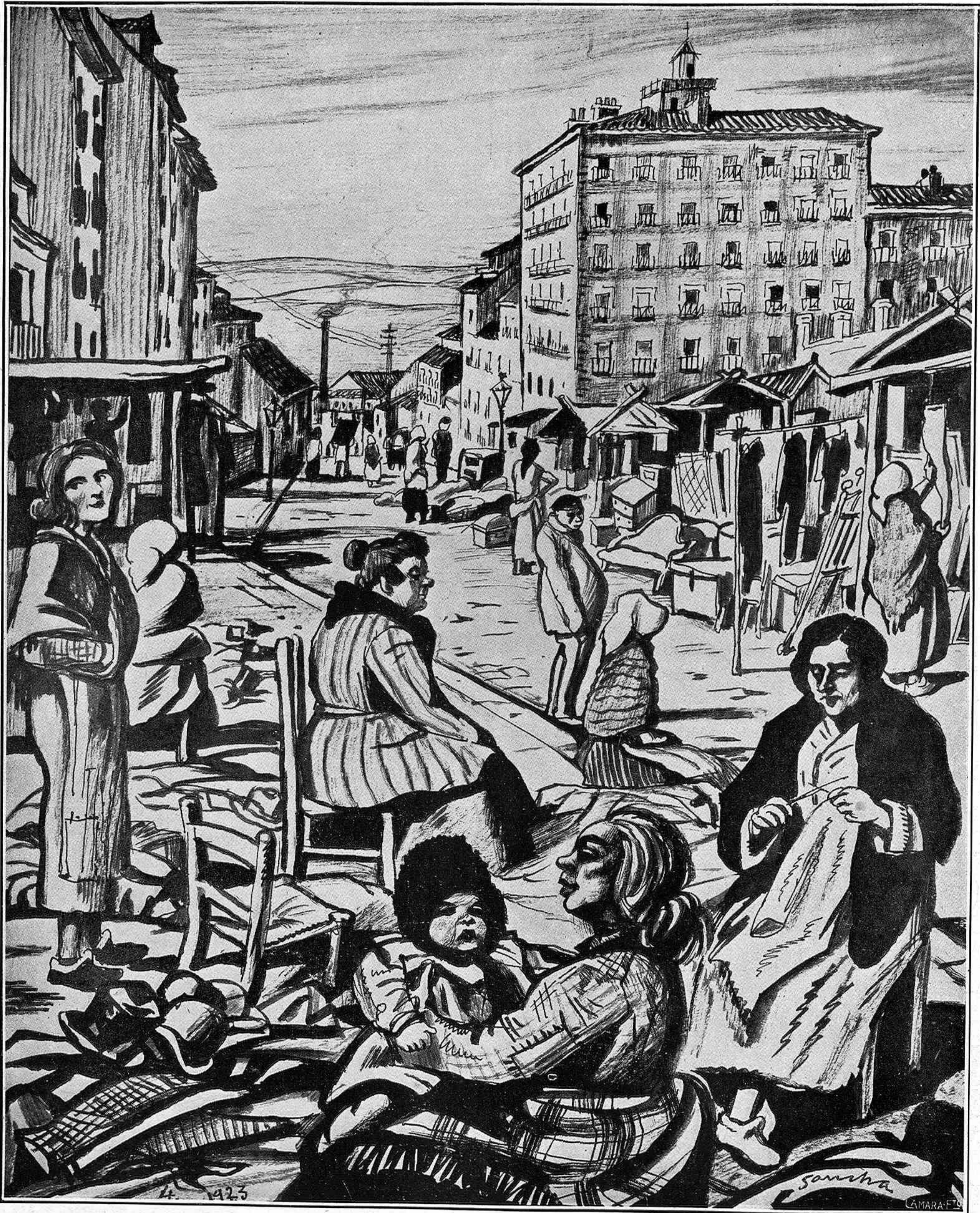
«Un arriero»



«El mendigo de las coplas»

José FRANCES

ESCENAS MADRILEÑAS



EN EL RASTRO

Dibujo original de Francisco Sancha

LA ESFERA
ESTAMPA ROMANTICA



Tras los hierros del pequeño balcón, una romántica figura de hombre y una evocadora silueta de mujer recuerdan los días lejanos del siglo XIX, del siglo en que en todas las almas, sobre todas las tierras, bajo todos los cielos, vivía el alma exaltada y sentimental del romanticismo. Son los días en que un glorioso impulso aventurero hacía nacer en todas las fuentes llamas de rebeldía, y hacía levantar sobre las calles barricadas que una sangre generosa iba regando. Son los días en que las mujercitas tenían á gala su palidez, aunque fuese una palidez artificial, no producida por el sufrimiento ni por el dolor. El mal de amor hacía llorar, con un llanto teatral, á todas las almas, y la pasión era el altar en que todos hacían sus ofrendas. Esproncada rezaba la desesperación de sus versos escépticos y desgarrantes. García Gutiérrez estrena «El Trovador», y un día, el seco estampido de un pistoletazo quita la vida á «Figaro», sobre cuya tumba, como una rosa sobre la nieve, empieza á nacer la gloria de Zorrilla...

DIBUJO DE ECHEA

LEONARDO
MOTTA
ORIS

PÍO BAROJA, DRAMATURGO

HA llegado al público la primera obra escénica de Pío Baroja, «el hombre humilde y errante», como él mismo gustó decirse, uno de los cuatro hombres-cumbres de la generación del 98, con Benavente, con Unamuno, con Azorín.

No es la primera vez que el insigne troglodita, como ahora un ingenio quiso decirle, siente la curiosidad del teatro; este mismo *Adiós á la bohemia* que la inteligente Mercedes Pérez de Vargas ha dado á conocer, ya sabe la sordidez del medio, ya anduvo de Ceca en Meca, para volver siempre al armario de donde salió. La interesante obrita del gran escritor, como la de cualquier autor incipiente, ha tardado en conseguir esa dolorosa ilusión de ofrecerse al espectador algunos años.

Varias Empresas madrileñas no quisieron estrenarla.

Un escritor joven—joven, naturalmente—, director artístico muy distinguido por nobles dotes intelectuales, Francisco de Llorca, buscó *Adiós á la bohemia* para ofrecérselo á la primera actriz del Teatro Cervantes, que con gozo infantil se dispuso á representarla con estas palabras cálidas, entusiastas:

—¡Ya quiero ensayarla!

Mercedes Pérez de Vargas, á quien tantos elogios se le han dedicado, no «sabe» todavía lo que ella, en verdad, es: una mujer inteligente y «una admirable muchacha», por su juventud, propicia á entusiasmos desinteresados. Mercedes acaba de conquistar la gloria de ser la primera intérprete del autor de *Zalacain el aventurero*.

ooo

Pío Baroja, tal vez como *Azorín*, escritor de comedias que no quiere ofrecer á la voracidad pública, ama el teatro y sueña con él.

En esto, la satisfacción de haber recibido sus confianzas es mía.

¿Por qué Baroja no ha escrito para el teatro?

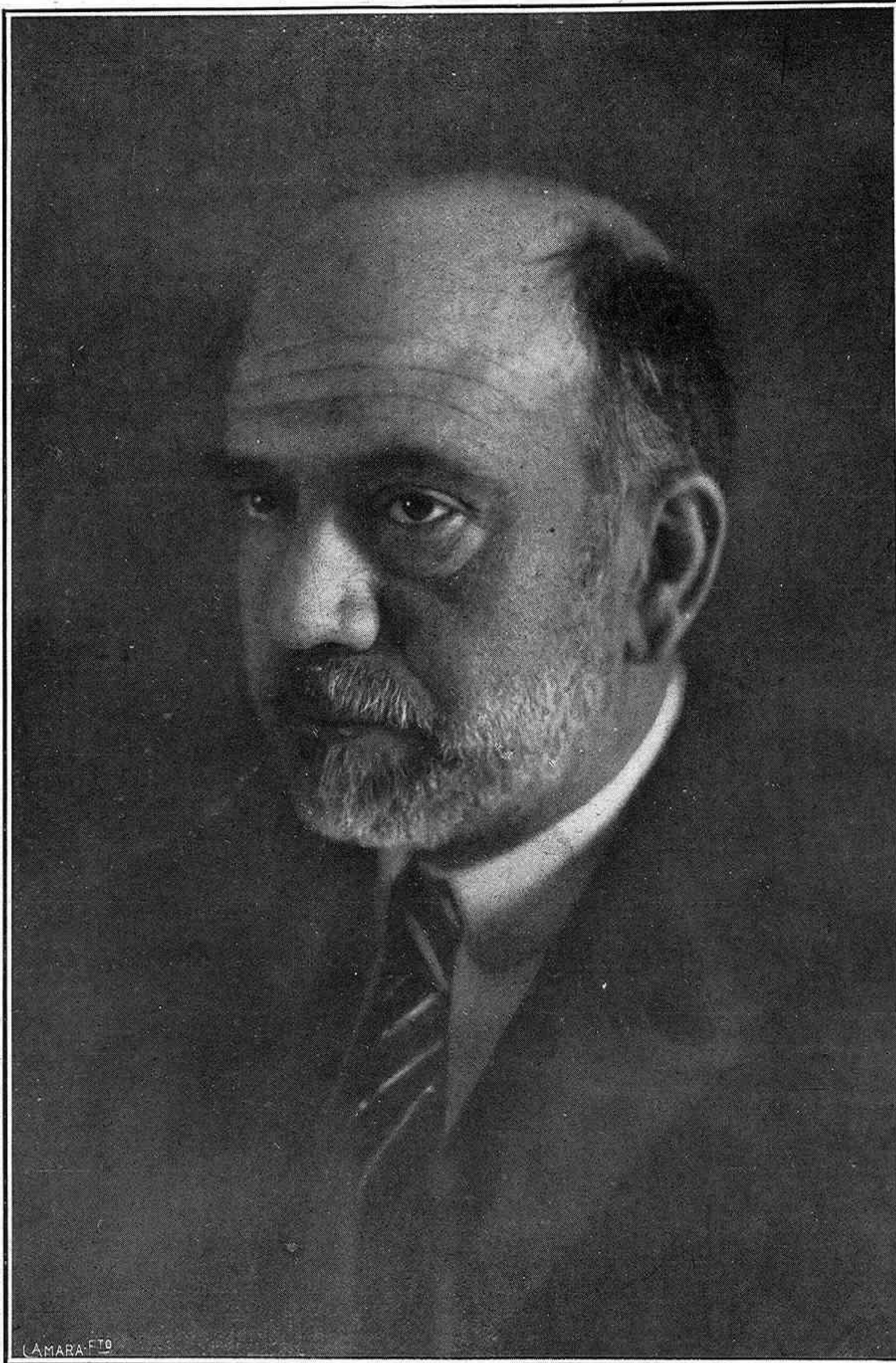
El mismo lo dice:

«Yo comprendo que el autor teatral tiene muchas *chinchorrierías* que aguantar: las antecelas, el humor del director ó del primer actor, la adaptación á lo que llaman—ellos—las conveniencias escénicas, que á mí no me lo parecen..., y luego esa como obligación de amoldarse al capricho, de insistir en la solicitud, de acudir á todos esos detalles secundarios que no tienen para mí trascendencia. Si yo escribiera para el teatro, seguramente estrenaría muy pocas obras, porque yo no voy á pedir que me las hagan. Como decía el otro: el que quiera picar, que pique...»

Escenificando su episodio histórico *El sabor de la venganza* (hoy en manos del gran actor Emilio Thuillier), yo he encontrado hecho la mitad del trabajo.

Baroja es un escritor sintético, todo acción, cuyos apuntes del natural son obras maestras, y que en su manera de ver los asuntos, y en su desarrollo, descubré excepcionales condiciones de hombre de teatro.

Muchas de sus novelas están dialogadas; una de las últimas publicadas por él, *La leyenda de Jaun de Alzate*, admirable poema de la tierra vasca, está escenificado; y un insigne músico, el maestro Jesús Guridi, ha expresado de



PÍO BAROJA

seos de componer la partitura. Ya antes «el solitario de Itzea» había realizado ensayos de teatro. *El mayorazgo de Labraz* lo hizo escénico; mas á la mitad de su labor, apremiado por una petición editorial, lo convirtió en novela. Pero había escrito dos actos de esta obra, por fortuna intactos, y que desde aquí invitamos al gran autor á terminar.

Adiós á la bohemia es un cuadro dramático firmemente desarrollado, sagazmente concluido.

EL OCASO

Tu historia callaré; no son bastantes catorce versos—deslucida Juana— para ensalzar tu juventud lozana que á tus pies prosternó tantos amantes.

¡Qué tormento es mirar ya tan distantes las horas de tu vida cortesana, pues tus labios no son como la grana ni tus ojos son ya los ojos de antes.

No extrañes mi rudeza y que te diga que el espejo eres hoy de otras mujeres venales como tú, mi noble amiga.

Has sido hermosa, pero ya no lo eres... ¡La vejez es tirano que castiga con la pena de muerte los placeres!

Gonzalo CANTÓ

Un aliento poético y á veces suavemente irónico perfuma la obrita, que tiene el ingenuo y doloroso desencanto de las horas vividas, ya un poco lejanas, que en un vivir inquieto, borrascoso, son las únicas que no se olvidan.

Cuando al maestro le dijeron que iba á estrenar», miró de frente, aún dubitativo, y bajo la maraña de su barba descuidada los labios temblaron...

—¡Bueno!—resolvió—Vamos á ver si *eso* gusta.

ooo

Se dice—y son los más contumaces voceros *las gentes del oficio*—que el Teatro muere. Hay que resucitarlo. Creo en un viejo principio revolucionario: para construir hay que empezar por destruir.

(En mi casa—y perdonadme este paréntesis—hay un ascensor viejo, mil veces remendado. A cada nuevo arreglo el trasto inútil vuelve á funcionar ¡un día! Pero, indefectiblemente, cada cuarenta y ocho horas encuentran los vecinos colgado en su puerta este cartel: «Está descompuesto.» El casero sigue gastando dinero en constantes reformas. Lo que no se le ha ocurrido todavía es comprar un ascensor nuevo. Hasta hubiese sido más barato.)

Pues lo mismo sucede con el Teatro. A nadie se le ocurre que lo viejo se substituye con lo nuevo. ¿De la ruina del Teatro son responsables empresarios, directores y autores? Pues el remedio es fácil: se cambian los hombres y se esperan sus obras...

Pío Baroja tiene dotes excepcionales de dramaturgo. En cualquier caso él es superior á los autores teatrales del momento, y su producción mejor á todo lo producido en los últimos años. ¿Verdad que vale la pena que el talento que compuso *El árbol de la Ciencia*, *Aurora roja*, *La busca* y tantas obras maestras lleve á la escena su poesía de *La casa de Azgorri* (también escenificada) y sus acacias de *Las cavernas del humorismo*?

También se dice que el insigne *Azorín*, andariego de los caminos de la Mancha y Castilla, tiene escritas comedias. De alguna de ellas, quien debe estar enterado afirma que, por su estructura y por su pensamiento, promete un escándalo literario.

Otros escritores y poetas insignes pensaron una vez adoptar este oficio-rito: Cansinos Assens, el poeta con una visión antigua que tiene la belleza por religión, y Araquistain, el social, dinámico y vertical, con la apostema en el alma de una paz fructífera y justa, aunque haya que conseguirla guerreramente.

Los que amamos el Teatro y odiamos el género vodevilesco, astrakanesco, de comedietas que llaman y otras monsergas; los que relegamos al actor cómico y á la característica á segundo término, debemos recibir con júbilo esta nueva: Pío Baroja escribe para el Teatro.

El maestro no se ha decidido espontáneamente. A Mercedes Pérez de Vargas y á Francisco de Llorca, los jóvenes, los entusiastas que hoy le dicen *así* cuánto le admiran, les debemos todos un poco de gratitud.

EDUARDO M. DEL PORTILLO

HISTORIADOR, POETA, PATRIOTA

DON MANUEL MURGUÍA

SU VISIÓN DE GALICIA

Durante la madrugada del día 2 de este mes falleció en la Coruña, a los 90 años de edad, el insigne patriarca gallego D. Manuel Murguía, gran poeta, gran historiador, gran patriota, viudo hacia mucho tiempo de la inolvidable poetisa, su paisana, Rosalía de Castro. Recordemos como el mejor homenaje su obra.

CON ocasión de la campaña preparatoria de Solidaridad gallega, tuve la fortuna—hace quince años—de relacionarme personalmente con una selecta representación intelectual de Coruña, que en la librería de Carré distraía sus ocios y atizaba el fuego redentor de aquel renacimiento ciudadano.

Allí conocí al venerable historiador D. Manuel Murguía, en cuyos prestigios descansaba el alto patriciado de la cruzada que había de recobrar del poder detentador de los caciques la soberanía efectiva del pueblo, y con su licencia logró libre acceso al cenáculo de la Academia Gallega, donde los cultivadores y amantes del habla regional velan por la tradición literaria y mantienen con espiritualismo inofensivo el sentimiento nacionalista de esta tierra.

No perdí el tiempo. Cumplidos mis deberes periodísticos, y satisfechas mis políticas aficiones, dediqué diariamente cuatro ó cinco horas á la lectura de clásicos gallegos, y, en útil correspondencia a la bondadosa acogida del insigne escritor, leí con la atención que tan sólo se consagra al estudio voluntario varias obras de don Manuel Murguía, entre otras, que ahora recuerdo, *Los foros*, *Los precursores* ó *Historia de Galicia*.

Los españoles tenemos escasa afición al conocimiento de nuestro pasado, por lo mismo que apenas nos preocupa el porvenir nacional, escépticos, abatidos y recelosos ante la triste realidad vivida. Conviene, por lo tanto, divulgar el cuadro que un hombre eminente compuso, tras muchos años de reflexión y estudio, del pretérito y el presente de una región patria.

¿Qué fué, qué es, qué anhela Galicia?

Reproduzcamos sintéticamente la obra de Murguía.

Los gallegos, de origen céltico, hondamente influidos de romanismo, constituyeron reino independiente con Don García, y condado, incorporado á la corona de Castilla, con Doña Urraca. El arzobispo Gelmírez, fundador de Santiago, simboliza la época de mayor bienestar y cultura. Difunden durante el siglo XIII los benedictinos el foro: prosperidad entonces, postración luego, que coincide con la preponderancia de los Municipios, estimulada primero por los Fueros de León y Benavente, después por los de Santiago Padrón, Tuy, Bayona, Coruña. Obtenido el derecho de enviar procuradores á las Cortes de Castilla, la vida política se intensifica y apasiona; los villanos crean contra los nobles las Hermandades, que en el siglo XV, sofocada Galicia entera por el despotismo de cinco señores, á cuya cabeza se hallaba el conde de Lemos, y de tupida red de caballeros, feudatarios de aquellos—hoy oligarcas y caciques—, arrasan los castillos, degüellan á sus moradores y redimen por su propia soberanía prestaciones absurdas y vejatorios vasallajes, que un monarca discreto tuvo la delicada iniciativa de reemplazar en cierto pueblo por un ramo de flores. Semejante revolución libertadora tiene su precedente en el asesinato de los prelados en varias ciudades en tiempos de Alfonso el Sabio, que otro rey, Alfonso XI, justifica en una curiosísima carta descriptiva del triste estado en que se hallaba el país.

Florece Galicia durante el siglo XVI; Ribadavia lleva sus vinos á Inglaterra; se atiende con respeto á los mercaderes de Coruña en la Junta de Burgos; los feriantes gallegos predominan en Medina del Campo; los campesinos demandan á los señores los títulos de pertenencia; la justicia declara caducados, con sujeción á la letra de los contratos, multitud de foros, integrando la propiedad en los dueños del dominio directo, que despojan inicualemente á los labriegos, origen de la emigración á América.

Con Felipe III se inicia la decadencia. He aquí cómo juzga Murguía, de acuerdo con Cánovas, la lamentable gestión de esta dinastía: «La casa de Austria—paréntesis en la Monarquía española, según Donoso Cortés: un moderado que defendió la libertad y la democracia, combatió los mayorazgos y negó el derecho divino de los reyes—, que había recogido la gloriosa y rica herencia de los Reyes Católicos, no dejó otra cosa que un páramo-desierto, una población de mendigos, una nación que no fué repartida, como Polonia, porque el vecino ambicioso halló medio seguro de adquirirla entera, poner en su trono un príncipe francés y encirla, de este modo, al carro victorioso de la Francia.»

A la muerte de Carlos II, el rey hechizado, los estudiantes de Compostela se pronuncian por Felipe V, y, como represalia, el pretendiente austriaco ofrece Galicia á Portugal. Los Borbones, útiles al principio—afirma Murguía—,



DON MANUEL MURGUÍA

«trajeron el espíritu de la centralización». De los tres millones que poblaban Galicia con los Reyes Católicos, durante los siglos XVII y XVIII, apenas queda un millón de habitantes: 1.265.495 según el Censo mandado formar por Campomanes.

Se rehace esta región con el buen gobierno de los consejeros de Fernando VI, Carlos III y Carlos IV; el marqués de la Ensenada ordena la construcción de caminos reales; anticipa Galicia ocho millones, aún no reintegrados, para la carretera del Guadarrama; la agricultura y el comercio progresan; se suspende la reversión del dominio útil en los foros á favor de los señores del dominio directo, interinidad aún subsistente para los anteriores al Código; el canónigo Sánchez promueve la canalización del Miño; descuellan por su talento Feijóo, el gran polígrafo benedictino; Francisco de Castro, filósofo y jurisconsulto, autor, entre otras celebradas obras, de un discurso crítico sobre las leyes y sus intérpretes y otro acerca de los inconvenientes de los mayorazgos, y el P. Sarmiento, entre cuyas notas, publicadas después de su muerte por los monjes de San Martín, afirma Menéndez Pelayo que hay adivinaciones históricas verdaderamente asombrosas; Ferrol rechaza á los ingleses, poco después aliados de la Junta gallega contra Napoleón.

A partir de Fernando VII, Galicia, más ó menos desatendida y expoliada por sus caciques y oligarcas, corre la misma suerte de toda España. Describir su situación actual no supone novedad alguna. Y en cuanto al estado de ánimo del país, oigamos á Murguía:

«Las características del gallego—según nuestro autor—son la resistencia, el amor instintivo á la tierra, de donde el vehemente anhelo de su posesión y el aislamiento pasivo del resto de España. La mujer aventaja en viveza y energía al hombre.»

«Nuestra nacionalidad—añade—descansa sobre el triple fundamento del hecho, de las aspiraciones y de la aquiescencia pública.»

«Acostumbrada á la soledad á que la han condenado, cada vez que los errores ajenos la ponen al borde del abismo ó lastiman sus intereses, despierta en ella, con más fuerza que nunca, el deseo de la propia libertad. La marcada hostilidad que estos sentimientos engendran en el corazón de nuestro pueblo, lejos de apagarse con los múltiples ruidos modernos con que la centralización pretende legitimar sus intrusiones, va cada día en aumento. Los mantienen vivos—y de ello no tenemos la culpa—el desprecio con que se mira á Galicia, el olvido en que se la tiene y la diaria exaltación en que la pone el desvío con que se ve tratada á cada instante.»

A principios del siglo XIX fué ultrajada pública y oficialmente desde la propia *Gaceta*, por suponerse con indisculpable ligereza que se «había entregado sin honor» al francés, «hija espúrea de la nación española».

«Esta hermana mayor de los pueblos de la Península—continúa Murguía—, como con toda verdad la llamó el gran Castelar, ve con dolor que ha sido despojada de su mayorazgo, dejándola, sin embargo, todas sus cargas.»

«La vida pública es entre nosotros rudimentaria casi, y carece de finalidad. Tal cual nos la ha dado el hecho homicida de la centralización, equivale á la muerte. Esta pueden aceptarla los hombres como una expiación; los pueblos, nunca, á menos que no renuncien á todo, incluso á la honra. Y aquí no se ha llegado á tanto.»

Los párrafos transcritos están tomados de la obra fundamental de Murguía, de su *Historia de Galicia*, cuya descripción de la indigencia campesina coincide con el siguiente cuadro de otro gallego insigne, el P. Feijóo, el cual dice en su discurso sobre la agricultura: «En estas tierras no hay gente más hambrienta ni más desabrigada que los labradores. Cuatro trapos cubren sus carnes, ó mejor diré, que por las muchas roturas que tienen las descubren. La habitación está igualmente rota que el vestido; el viento y la lluvia se entran por ella como por su casa. Su alimentación es un poco de pan negro, acompañado de algún lacteínio ó alguna legumbre vil; pero todo en tan escasa cantidad, que hay quienes apenas una vez en la vida se levantan saciados de la mesa. Agregad á estas miserias un continuo rudísimo trabajo corporal, desde que raya el alba hasta que viene la noche, y contemple cualquiera si no es vida más penosa la de los miserios labradores que la de los delincuentes puestos por la justicia en galeras.»

Cuadro que reproduce, siglo y medio después que el glorioso autor del *Teatro Crítico*, la información agraria de 1887.

En un capítulo de otro de los más bellos libros de Murguía, *Los precursores*, consagrado á su esposa, la insigne poetisa Rosalía de Castro, lamenta con amargura el absentismo de los nobles: «Dejaron de vivir—dice—entre los campesinos, que eran sus hijos, y de su amor, que era su fuerza, perdiendo de este modo un poder que descansaba en el bien que hacían y en no permitir que se hiciese el mal.» Medita ante los restos de «aquellas casas—hoy vacías y desiertas—de donde no se salía sino en busca de la gloria, y á las cuales no se volvía más que en demanda de paz y de la muerte.»

Bien se advierte que el alma del gran escritor, también poeta, vibraba al unísono con la de Rosalía de Castro, que sin duda la repetía desde el mundo de los espíritus:

«Cando vos oyo tocar,
campaniñas, campaniñas,
sin querer torno á chorar.»

A. AGUILER Y ARJONA

Mi hermana soltera

Por José de Lucas Acevedo



PENAGOS
XXII

Yo había intentado predisponer el ánimo de mi hermana Fede en favor de la solicitud del bueno de Domingo.

Mi hermana no era ya una niña, ni siquiera una joven, y, aunque todavía conservaba bastante de su frescura juvenil y mucho de su sencilla belleza, pronto se extinguiría en ella el resto que le quedaba de todo aquel firme atractivo que en otro tiempo pudo justificar la apreciación de que Fede era una «verdadera mujer bonita».

Fué un mucho coqueta. Yo, á fuer de sincero, lo hago constar aquí, con un poco de rubor de hermano, eso, sí, y aunque puedan alcanzarme por ello las justas iras de mi querida Federica.

Mas, en rigor de verdad, ¿puede dejar de serlo una muchacha de continente esbelto, de ojos bonitos, de cara inteligente, de boca fresca? Y entre todas sus gracias, resaltaban la de sus cabellos abundantes y blondos y la de sus dientes menudos, nitidos y refulgentes. Puede que no todas las coquetas sean bonitas; pero yo afirmo, claro que no bajo mi palabra de honor, por si me equivoco, que todas las bonitas son coquetas. Mas en todo caso, por si á mí me cegara la pasión, me remito al testimonio de quienes conocieran á mi hermana Fede. ¿Era ó no ciertamente una mujer preciosa? Que contesten para que se vea que no habla en mí la voz de la sangre. Y si alguien responde negativamente, es que confunden á Fede con alguna de mis otras cinco hermanas.

Quedamos, pues, en que Fede era un poco coquetilla.

Por entonces, como he dicho, ya no era una niña. Se hallaba en el borde de la luz de la juventud, en ese resplandor un poco tenue ya en que empieza la penumbra de la madurez. Sus años... No. Esto sí que no lo declaro, que mejor perdonará Federica la ligereza de mi concepto anterior que el que yo diga, aunque fue-

se en secreto, el número de sus años. Mi hermana, una mujer perfectamente vulgar en ideas, en prejuicios y en costumbres, no carecía tampoco de esa avara manía de olvidar en el inviolable arcano de sus secretos su ruborosa edad. Yo, por tanto, no claudico, y guárdome muy mucho de propalar el secreto. Todavía recuerdo la amarga reconvencción con que una vez me pisó el pie á punto de ir á salir de mi boca habladora, delante de gente, la cifra incognoscible. El pisotón y su mirada me hicieron perder el habla durante unos terribles momentos.

Y si Fede contaba ya un número de años suficiente para no ser sabidos, huelga añadir que no estaba para desperdiciar proporciones.

Yo le había conocido hasta tres novios formales. Los informales no puedo contarlos, porque me fueron desconocidos. En cambio, casi todas mis otras hermanas se habían casado con su primer pretendiente y vivían felices, ó, al menos, sin que ninguna de esas catástrofes hogareñas que truncan el Destino las hubiese sumido en desgracia.

Así, Fede, caprichosa, voluble y tornadiza, llegó á presentir, aunque no lo confesara, que se había quedado para vestir santos.

Mas, al cabo, de ese presentimiento, de ese porvenir, del vislumbre de una soltería melancólica, que ya pesaría como losa de plomo en su ánimo, vinieron á sacarla, como una realidad providencial, las insinuaciones, cada vez más latentes, de mi amigo Domingo.

Domingo era todavía joven, tenía posición, tenía una renta decorosa; era un buen partido. Pero, ¡ay!, Domingo era viudo y tenía un hijo.

Y la viudez y la paternidad eran cosas que despertaban la zozobra y la irresolución en mi hermana—aun siendo aquél un último amor imprevisto—, como el breñal agudo que obstaculizara el camino risueño. Ella medía, compulsaba, comparaba los inconvenientes y las ventajas que aquel matrimonio podría proporcionar-

le, en la íntima y egoísta balanza de la mujer que ya se detiene á reflexionar, perdido ese ímpetu de sacrificio con que se somete el corazón de la juventud henchido de ideal.

Federica, meditativa, silenciosa, sin saber prestar palabras á sus sentimientos, nada nos decía. Mi madre, con su dulce voz cansada, con su deseo lleno de experiencia, temblándole las palabras en los labios y animada un punto la extinta llamita de sus ojos sabios tras los lentes empañados, intentaba persuadirla:

—¡Acepta á Domingo, hija mía! Es un partido excelente.

Y yo también, entre indiferente é intencional, echaba mi cuarto á espadas en el asunto cuando de él se trataba.

Domingo, pendiente de la resolución de mi hermana, nos visitaba todas las noches. Mientras cenábamos, ocupaba su butaca en un rincón del comedor, hasta donde no alcanzaba la luz de la lámpara, apresada en el cerco de la verde pantalla de seda.

Mi hermana, enmudecida, tranquila, encastillada acaso en el recuerdo de su valía, apenas si intervenía en la conversación con algún monosílabo. Pero es que, verdaderamente, las palabras se nos hacían difíciles á todos. Mi madre, expresión de bondad, desbordándose en ella el caudal de su afabilidad, era quien hallaba siempre el tema ameno, agradable y sencillo con que hacer breve y desembarazado el tiempo á la sombra enlutada de Domingo, recogida en sí misma, y apenas perceptible en el rincón aislado.

El pretendiente sólo se enardecía, sólo acertaba con la vehemente expresión, sólo daba muestras de poseer el don de la palabra, cuando mi madre le preguntaba:

—¿Y el niño?

Y la voz de padre salía de él suave y dulce, con un eco extraño de caricias. Domingo se extendía en detalles prolijos, nimios é inocentes, refiriéndonos las aficiones, los juegos, las palabras, los actos de su entrañable huerfanito. Y todas aquellas naderías, resucitando en la mente de mi madre retrospectivas épocas de ternuras profundas, la hacían sonreír con el temblor venerable de una abuela.

A mi hermana, en cambio—bien lo observaba yo—, le producía disgusto oír hablar á Domingo de su pequeño. Yo nunca me he podido explicar por qué. Ella, amante de los niños, para los que siempre tiene un beso sincero, un juguete, una caricia ó un dulce, sentíase inquieta, recelosa y herida escuchando á Domingo. Acaso, acaso, la mujer gusta engañarse, no queriendo saber en el alma del prometido más pasión que la pasión por ella. Quizá, quizá... Pero quédense estas disquisiciones para los moralistas y los psicólogos si es que ellos quieren seguir aventurándose en el intrincado arcano del corazón de las mujeres.

Lo cierto es que Federica malhumorábase. Ni con monosílabos siquiera intervenía en la conversación.

Y Domingo, al marchar, más recogido y trémulo en su timidez, apenas si obtenía un frío y rápido apretón de manos de mi hermana y una indiferente y vaga mirada de sus ojos bellos y serios.

—¡Adiós!...

Yo, en el fondo del alma, sentía la vaga frialdad de todas las cosas hasta que volvía la vista hacia mi santa madre.

ooo

Mal que bien, mi hermana llegó á estar decidida favorablemente.

Domingo, rayando en la desesperación del anhelo, sin poder soportar más tiempo aquella prórroga estúpida, parecía dispuesto á exigir á mi hermana, de un modo terminante, claro é inmediato, la respuesta que acabara de una vez con aquella situación. A mí no me dejaba tregua un momento. En la calle, en el café, en el paseo, dondequiera que me tropezara por aquellos días, había en su gesto—gesto elocuente de hombre ingenuamente encariñado—la misma pregunta. Yo, que nada tenía que responderle, fingíame distraído con cualquier incidente de la calle, sin atreverme á soslayar una vislumbre afirmativa.

Hasta que un día...

Mi madre había amonestado seriamente á Federica la noche antes.

—Mira, hija mía. Si no has de aceptar á Domingo, debes desengañarlo de una vez. Es ridículo que le tengas así.

Volvíamos de paseo. La dominguera tarde primaverales ofrecía á las gentes madrileñas el rumor de sus calles, la animación de sus plazas, el bullicio de sus jardines. Federica había ahuyentado sus melancolías, y se mostró explícita con mi madre y conmigo. Sentíase invadida, sin duda, de ese optimismo pueril que, sin saber por qué, nos inspira de pronto cualquier accidente de la vida de la calle: el coche bamboleante que regresa cargado con los alegres convidados de una boda; la canción inocente de un corro de niñas; el retozar de unos chiquillos persiguiendo un balón; los acordes de la banda que toca en un café; el lejano panorama del crepúsculo al besar en el horizonte el borde de la noche...

Y nos dijo—¡santa palabra!—que aquella misma noche daría su respuesta favorable á Domingo. Mi madre tembló de emoción. Y á no cruzarse con nosotros un grupo de soldados que miraron á mi hermana con la estúpida procacidad que al campesino presta el uniforme, contenido á flor de labio el piropo soez por mi presencia, mi madre, en plena calle, la hubiese abrazado.

Yo respiré con satisfacción. Me halagaba que mi hermana, razonable, al cabo, optara cuerda por aceptar, con el bonísimo de Domingo, la última ocasión tal vez de un pretendiente. Y, además, algo así como un cierto paradójico egoísmo paternal, profundo é inconfesable, me acuciaba en deseo de echar de casa á mi hermana.

Mas, ¡ay!, el Destino, ese Destino mago, incierto, profundo y misterioso, aunque sólo parezca invención de los novelistas, tan real, en efecto, nos condujo fatalmente al desencanto de todos los planes. Desembocamos en la Plaza de Oriente. Después lo he pensado muchas veces. ¡Hubiese sido tan sencillo torcer por otra esquina, guiarse por otra calle, continuar otra

ruta!... Tal vez un automóvil, un tranvía que pasa, el puesto de refrescos, cualquier cosa nos conduce á veces al encuentro inesperado, al hallazgo importuno, á algo, en fin, que pueda hundir todo el castillo de nuestras vidas.

Ello es que desembocamos en la Plaza de Oriente, esa plaza regia, vasta y severa, que parece acoger á los niños con el cariño hospitalario que ninguna otra. En medio de la expansiva gritería de la infancia, bordeando la escalinata que circunda el jardín, pareció que se nos venía al encuentro uno de esos cochecillos leves, tenues y minúsculos que son anhelada locomoción de los pequeñuelos. Iba atestado de niños y de campanillas como una carroza de ilusión. Y á pie, en torno al pintoresco vehículo, los padres, las madres, las niñeras ó los hermanos mayores de los tiernos viajeros, velándolos con solicitud. Y junto al borriquillo, pelado, pardo y vivaz—hermano, acaso, de Platero—, que conducía del cabezal la afable dueña gallega, vimos... Sí, sí. Domingo; era Domingo, él mismo, sosteniendo á su hijito, que cabalgaba sobre la silla del inquieto jumento.

Yo quise volver. Pero fué tarde. Mi hermana había dicho:

—¡Ah, Domingo!...

El, súbitamente, enrojecido y trémulo, subtrajo al hijo de sobre el lomo del asnillo alquilado. Lo tomó en brazos, lo dejó en el suelo, compuso sus vestidos... El cochecito siguió andando.

Mi madre acariciaba al pequeñuelo, en tanto que Domingo se torturaba en excusas, empujándose en el ridículo, bajo la indescifrable mirada de mi hermana.

—¡Este chiquillo! Enrabióse por montar en el borrico, y accedí. No puedo verlo llorar; no puedo...

Seguimos andando, después de una despedida rápida y difícil. Al llegar á casa, mi hermana dijo se indispuesta. Y nos previno al entrar en su cuarto:

—¡Voy á acostarme! No quiero cenar. Y si viene ese hombre, decidle que no, que no vuelva...

Y no pasó más.

Mi hermana continúa soltera. Yo no sé si aún es un buen partido. Es hacendosa, hogareña, afable, prudente, y apenas posee ya una levisima reminiscencia de coquetería. Yo pienso que hoy aceptaría á cualquier viudo, aunque tuviese, no ya uno, sino media docena de hijos.

Mas, con todo, si aún surgiese un pretendiente así, aunque puede asegurarse que ella también «lleva en el corazón un hijo dormido», yo me opondría, mientras meditara su resolución, á que paseara por los parques, las plazas y los paseos, donde concurren niños llevados en brazos por sus amorosos papás...

DIBUJOS DE PENAGOS



PENAGOS
KAL

LA MODA FEMENINA

DEL EPISTOLARIO DE UNA MUJER SENTIMENTAL



Vestido de «maroquin» negro y cinturón de fantasía dorado

Paris, Febrero de 1923.

ADMIRADO amigo mío: Supongo ya en su poder un telegrama dándole las gracias por su exquisito, por su maravilloso obsequio. ¿Adivinó usted ó le dijo alguien la golosa debilidad que tengo por los bombones? Debilidad que se centuplica cuando se me ofrecen preparados, como en esta ocasión, dentro de un bellissimo estuche y acompañados de una carta tan linda de forma como de fondo... Iba á decir cariñosa, pero me abstendré, en honor de los convencionalismos sociales y... de Edgar.

El hacer bombones es, indudablemente, un arte, y no de menor cuantía. Si viera usted en estos momentos los que me ha enviado, iluminados por las llamaradas de luz que despiden la chimenea, comprendería usted que no es «delirio insano», sino un sentimiento estético, perfectamente comprensible, lo que me lleva á contentarlos con verdadera fruición y á ver en ellos gemas, de menos precio quizá, pero no de inferior belleza que esas que, expuestas en los escaparates de la Rue Royale y de la Place de la Concorde, son causa de tan horribles estragos en la sensibilidad y á veces en la honra femenina. Esta dulce y delicada ofrenda, sobre no entrañar tales peligros, satisface mis ansias de belleza. En efecto, yo, en los caramelos de menta, por ejemplo, veo translúcidas esmeraldas; en los de grosella, la preciada gota de sangre del rubí, y ricos topacios en las gotas de limón, que se desgranaban, como cuentas de un espléndido collar, por entre la filigrana de oro del papel que adorna el estuche, la nacarada blancura de las peladillas y la rosada gracia de unos pétalos de rosa que aprisiona tenue capa de azúcar.

Pero no quiero que mis entusiasmos por su espléndido presente distraigan su atención, y la mía, de otro asunto acerca del cual quería hablarle extensamente.

¿Y su retrato? ¿Por qué no me lo envía? Yo tenía descontado el que en esta carta podría hablarle de él. ¿Acaso se ha arrepentido ya de haberme ofrecido?

Yo, en cambio, no ceso de preocuparme en



Sombrero «cloche» de raso negro y «cocarda» de cintas negras, salmón y verde



Sombrero de fieltro negro, con forro de seda verde Imperio y cocarda de cintas de terciopelo negro y verde

favor suyo, á tal punto que tengo intrigados y perplejos á mis amigos con la abstracción que vienen observando en mis palabras, en mis gestos, en mi actitud toda. Lo que por el momento más me atormenta es la elección de fotógrafo. Padezco una verdadera tortura de indecisión. Los fotógrafos á la moda, á más de ser varios, deben cada cual su fama á una particularidad especial. El uno gusta por las «poses» que elige; el otro, porque dota á todos los rostros de juventud perdurable; el de más allá, porque no admite sino á clientes muy bellas, y aquél, en fin, porque las suyas sonríen de un modo ange-



Sombrero «cloche» de cachemira, con cocarda de cinta de tres colores diferentes



Abrigo de terciopelo de lana, con bordados de «soutache» negro y vueltas de astrakán gris

lical é ingenuo. Como quiera que yo pretendo reunir en un sólo artista estas distintas facultades, mi tarea se hace cada vez más difícil. Sospecho que tendré que someter el asunto al azar, á la suerte. Así resuelvo yo ahora todas mis dificultades ó, mejor dicho, mis dudas. Es el único medio de hallar una solución rápida á problemas de esta índole. Es terrible, realmente, el padecer un carácter tan dado á la incertidumbre. Pero, ¿qué hacer? Peor fuera ser una mujer excesivamente alta y excesivamente gruesa y velluda, y de voz por demás bronca, como, según los libros, son las que «tienen carácter».

¿Me pregunta usted si he leído Marie Chapdelaine? Naturalmente que sí. En París lo ha leído todo el mundo, y todos los que me han hablado de este libro aseguran que les ha gustado mucho. También á mí, no obstante el haberme producido una penosa impresión, algo así como si la dulce heroína de Hemon estuviera haciéndome un reproche. Parece que me dice que yo debí de marcharme con Edgar, ó ir á buscarle allá, en Africa del Sur. Pero es tan horrible el punto en donde se halla, mucho, mucho más intolerable que «el país de Quebec», y ya ve usted que la misma María Chapdelaine titubeó. Además ella era mujer habituada á una vida solitaria y dura; yo, no... Y sin embargo, hay veces en que siento una convicción: la de que si Edgar supiera llamarme; si acertara á ordenarme que fuera en su busca, yo... iría. Sí iría, sin miedo.

Entre tanto me distraigo viendo el efecto que en París están causando los modelos de Primavera. La mayor parte de mis amigas me han confesado que están *bouleversées* ante la revolución que amenaza á nuestro indumento. Faldas largas, pero largas de verdad, no como hasta aquí, sino cubriendo totalmente el calzado; cuellos altos; mangas voluminosas... ¿Será posible que un escrúpulo puritano logre imponerse á la comodidad y á la belleza? Pues así aseguran que va á ser. Personalmente, lo celebro. El tipo de *cuákera* no me desagrada, en ocasiones.

Y nada más por hoy, *cher ami*, sino que le ruego, le suplico, que satisfaga cuanto antes mi curiosidad y cumpla su palabra.

LA ESFERA
CUADROS ESPAÑOLES



«Cogiendo coles», cuadro original de Vicente Mulet Claver

LAS DOS MARIPOSAS

¡Bellas mariposas, mariposas blancas,
las de los ensueños y las esperanzas,
que anunciáis que llegan los dichosos tiempos!
¿Por qué en torno mío jamás os contemplo?

Seguros presagios de felices nuevas,
os miro de lejos, y os miro con pena.
¿Es que nunca nada tenéis que anunciarme?
¡Ni nadie me espera, ni yo espero a nadie!

En cambio, me siguen, tenaces, sombrías,
otras mariposas de azuladas tintas,
las de las memorias de pasados tiempos,
¡la azul mariposa del triste recuerdo!

La que en todas partes me sigue y me alcanza,
y por más que intento no logro ahuyentarla.

Esa mensajera no me deja nunca,
manteniendo viva la perenne angustia,
el recuerdo hiriente que desroza el alma,
y al que vencer puede sólo la esperanza!

Blanca mariposa, que anuncia alegría:
aleja el recuerdo que amarga mi vida,
te reclama cerca mi deseo ardiente,
¡fingeme alegrías..., aunque nunca lleguen!

Ahuyenta, piadosa, con tu dulce vuelo
a la mariposa del triste recuerdo,
y aunque el desengaño destroce mi vida...,
blanca mariposa, ¡fingeme alegrías!

Rosa CANTO

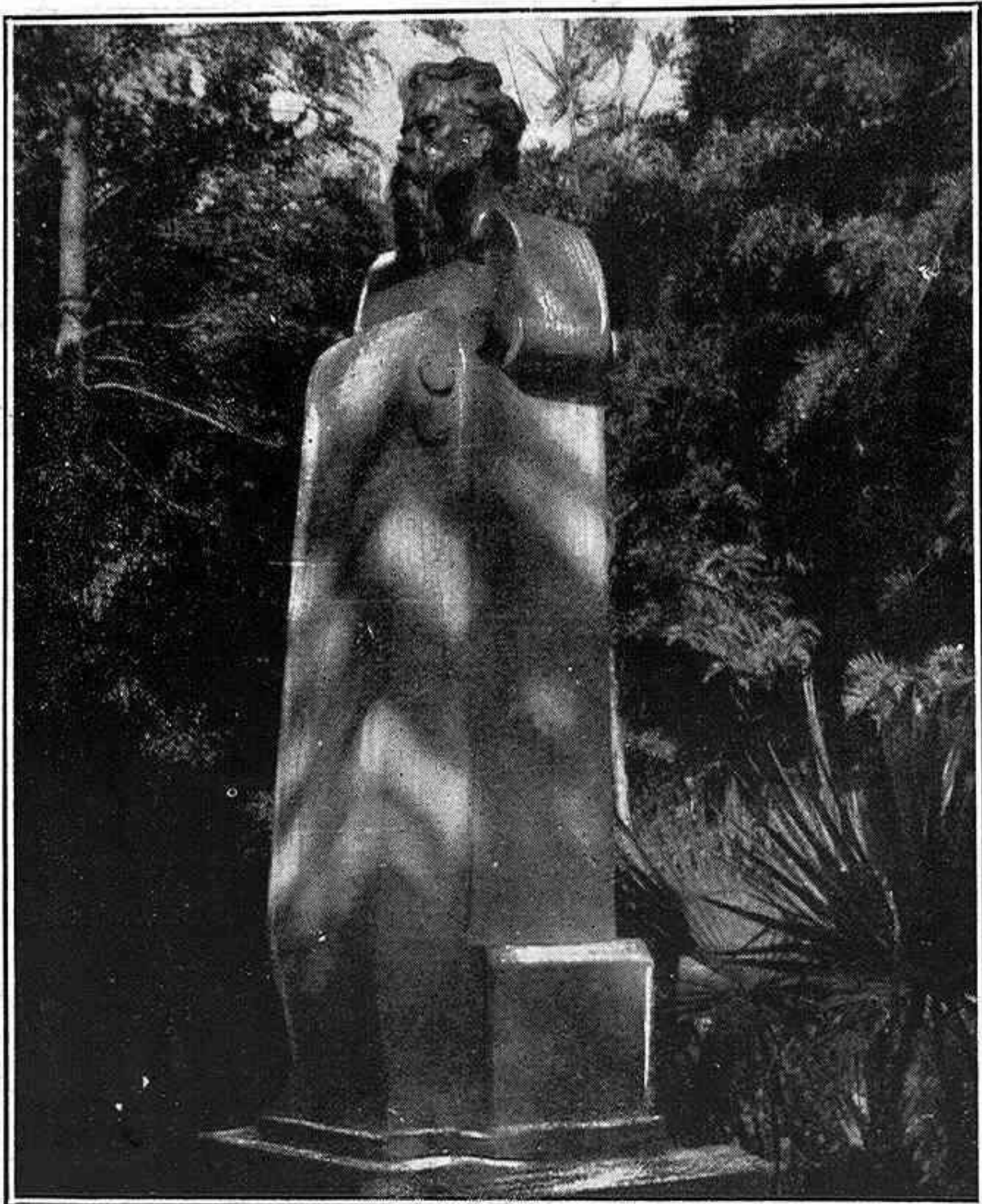
LA GUITARRA DE TÁRREGA

LOS DOS VIEJOS DE OLIVENZA

*Prodiga gens animae et pro-
perare facillima mortem.*
TITO LIVIO.

Las cigüeñas se fueron al gran viaje de otoño, y, como todos los años, como todos los días, estos dos buenos maestros de escuela, estos dos excelentes viejos se han reunido una vez más. Rebeldes al cansancio y al despeo, cendrados en el fuego de su amor a la guitarra, ahí están como están lueños años arreo, en torno de la camilla, sentados a la sombra de la muerte, en divanes de chicaranda y de reps verdusco cuya borra se sale por derroñados hilvanos. ¡Oh, cómo aman la guitarra ibera estos dos viejos!... Pasitamente, desenfundan las vihuelas sevillanas, dos obras maestras de Soto y Solares, y dejan sobre el hule de la mesa las bolsas jaqueladas de tela de friso salpullidas de flores de color rosa parecidas a las belloritas, bardadas tan pulidamente con arrequíves de puntillas y guarniciones de bocací en los bajeros. Poco que ellos almodonean su contento al verlas, engolosinados con su forma deliciosa. Jácaras y andolas brollan de sus bocas a borbotones, y, como niños, se palmean las espaldas, hablan de buen rejo, entablan pareceres dándose de enviones el uno al otro. No, no son de Antonio de Torres, el Stradivarius de las guitarras; pero eso importa una viznaga. Y, encandilados los ojos resmellados de puro alboroque, ea, fuera las cuarterías y pesadumbres de la vida, los humarachos empedernecidos de la mala salud que emustecen el ánimo y amodorran la mollera. A sacar los temples, a moler como alheña el dedo, a rasguear, a puntear, a entonar por igual la encordadura. Todos los días hacen lo mismo y siempre su placer es nuevo. Allá van en las cuerdas zangorreándose, cuando en ventosquil, cuando apauladas, raspahilando o empapuciándose en blandizales de ternura, las estrechezas y castañetadas que no faltan, las puñadas, mojinetes, jarretes y contrapesos de la vida que se va...

Hace ya buena retahila de años que todas las tardes, cuando el sol transpone las carrascas y marojales de la raya portuguesa, se ayudan así a subir calveando la cuesta de la muerte. Muy bien endelñado el acompañamiento, sin guadranañas ni chirlerías, en género fugado de lo de alcuño, de nuestra solera, de cuando Luis Milán, y Valderrábano y Venegas de Henestrosa y Juan Carlos Amat... Tañen los dos sus propias composiciones, cerca, muy cerca el uno del otro; la nariz larga y combosa de aquél, casi presa entre las canalitas de las cejas, de las tirillas de marfil y las cuerdas, allá por el clavijero; la quijada de éste, en rígido avance de escuchadera, engestándose quién sabe con qué en tarascada de macho viejo. ¡Oh, los regates, vueltas y maretos de la luz del crepúsculo borrajando esa mandíbula enquijotada y de cochura de secarral, mientras los ojillos de tañedor calletrudo y sabido se entornan apicarados en la visión de tiempos huseros, de días de bernardinas y silvaderas! ¡Qué manos esas cuatro manos moviéndose tan próximas, blancas dos de ellas y regordetas, albarrazadas las otras dos



Monumento al gran guitarrista Tárrega en un jardín de Castellón

y como cohechadas en cardedales y aneaes, velludas de piel de cabra, rugosas de cascabillo de bellota! Y suben y bajan del zoque al puente, del mango al listón, de casilla en casilla, de traste en traste, churchando o esturreando las cuerdas de tripa o los bordones, desarrollando contrapuntos, fantasías y diferencias, temas fugaces en variaciones floridas, cambios armónicos diestramente grifados y puestos como sostenes de melodías suaves muy simples.

Son motivos muy dulces, muy caseros, frescos como redondillas, triviales a fuerza de ser domésticos. Notas ahorneradas que hocinan zopencas, zalocuas y tientos que bordonean avie-

un llorón cabe las alminas, los ceñajos o los boateales... Sobre todo, los ojos, con las cejas como peyadas de guimón, como ramujos de yezgares o salegas... Le oyeron la marcha fúnebre, de Thalberg, el trémolo de Gottschalk, el Carnaval de Venecia, su Capricho árabe, unas Sonatas de Beethoven, cuya transcripción era un prodigio. Mas lo que de él quedó en el alma era lo suyo, lo suyo. ¡Ah! Cada uno sabe, ¡qué diablo!, por qué arrecoge su grano en silo y no en algofra. Allí, allí mismo tenían, al alcance de la mano, su colección de doce estudios escogidos. Y no. Tárrega era otro. Tárrega era... como ellos, sin melindres ni rodeos; él se quistaba con los pidones, pero él sólo tañía como Tárrega cuando no se acordaba de Gor, ni de Arcas, ni de Aguado, ni de Cimadevilla, ni de Borrero..., cuando era familiar, cuando dentro, muy dentro de sí, celebraba el humazo de su cocina, su soledumbre, los vinos trasañeos, las cercenaduras y lavazas de la existencia pobre, la carcelería tamarosa del negujón de la vida. Entonces era él y entonces era como ellos son. Y así un día y otro día, y ya va lejos el estero de los años, los dos viejos de Olivenza, sentados como moriscos a la sombra de la muerte, con la guitarra de Tárrega en las manos, cantan el amor, tan caro al ibero, del quietismo. Son como fueron los iberos sus padres. ¡Seres pródigos de su vida para alcanzar más pronto la muerte, como decía de ellos Tito Livio, ó Muertos que se figuran que han vivido, como Dante decía de los habitantes de Roma?...

TIPOS DEL «QUIJOTE»

GINESILLO DE PASAMONTE

Tu pícaro apostura y buena traza
gala y ornato fué del mal camino.
¡Bien honras con tu ingenio peregrino
la gallofesca estierpe de tu raza!

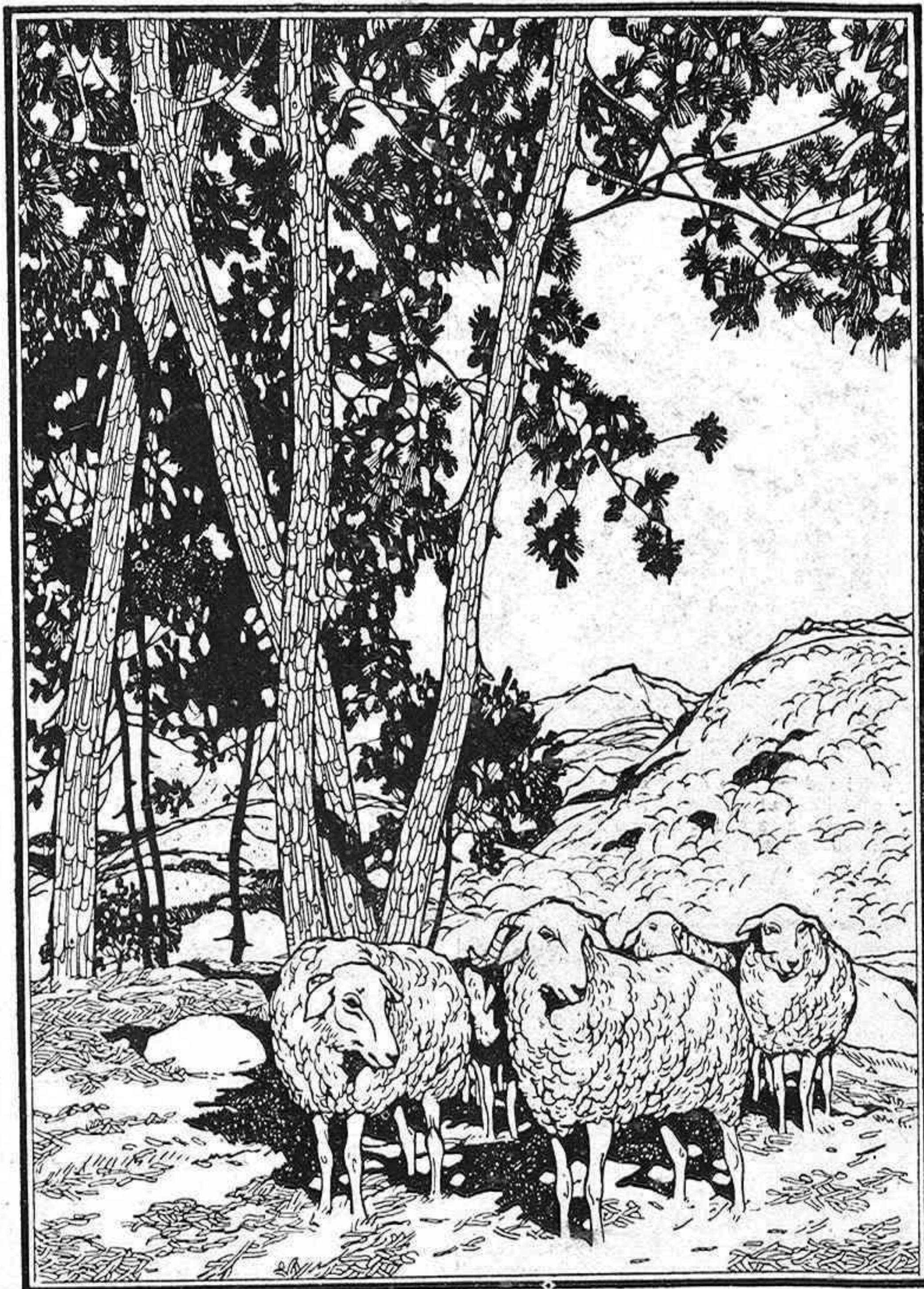
Ded aquí á Ginesillo... ¡Hacedle plazal...
¡Qué dices, socarrón? ¡Perdiste el tino?
Tu espíritu truhán, pronto y ladino,
es siempre de una fuga la amenaza.

Echate con destreza quiero encima
la sutil trabazón de este terceto.
Pues temo del ingenio que te anima,

si en sílabas no estás muy bien sujeto,
que rompas las argollas de la rima
y escapes de la cárcel del soneto...

Alberto VALERO MARTÍN

EUGENIO NOEL



JABON DE LANOLINA Y BREÁ DE LA PERFUMERIA GAL

Se compone de Lanolina, ó grasa purificada de lana, y Brea de maderas de pino. Lo recomiendan los médicos á las personas de epidermis delicada y contra las afecciones de la piel. No mancha. Es el mejor shampooing para lavar la cabeza.

Pastilla 0,75 en toda España.

DE NORTE A SUR



Nueva York.—La señora Harry Payne Whitney, autora del monumento á los soldados americanos muertos en Francia, contempla su obra en la reciente Exposición de la Quinta Avenida. Noble de proporciones, profundo de sentimiento, este grupo expresa lo que significó la actitud de Norteamérica interviniendo en la guerra europea

FOT. MARÍN

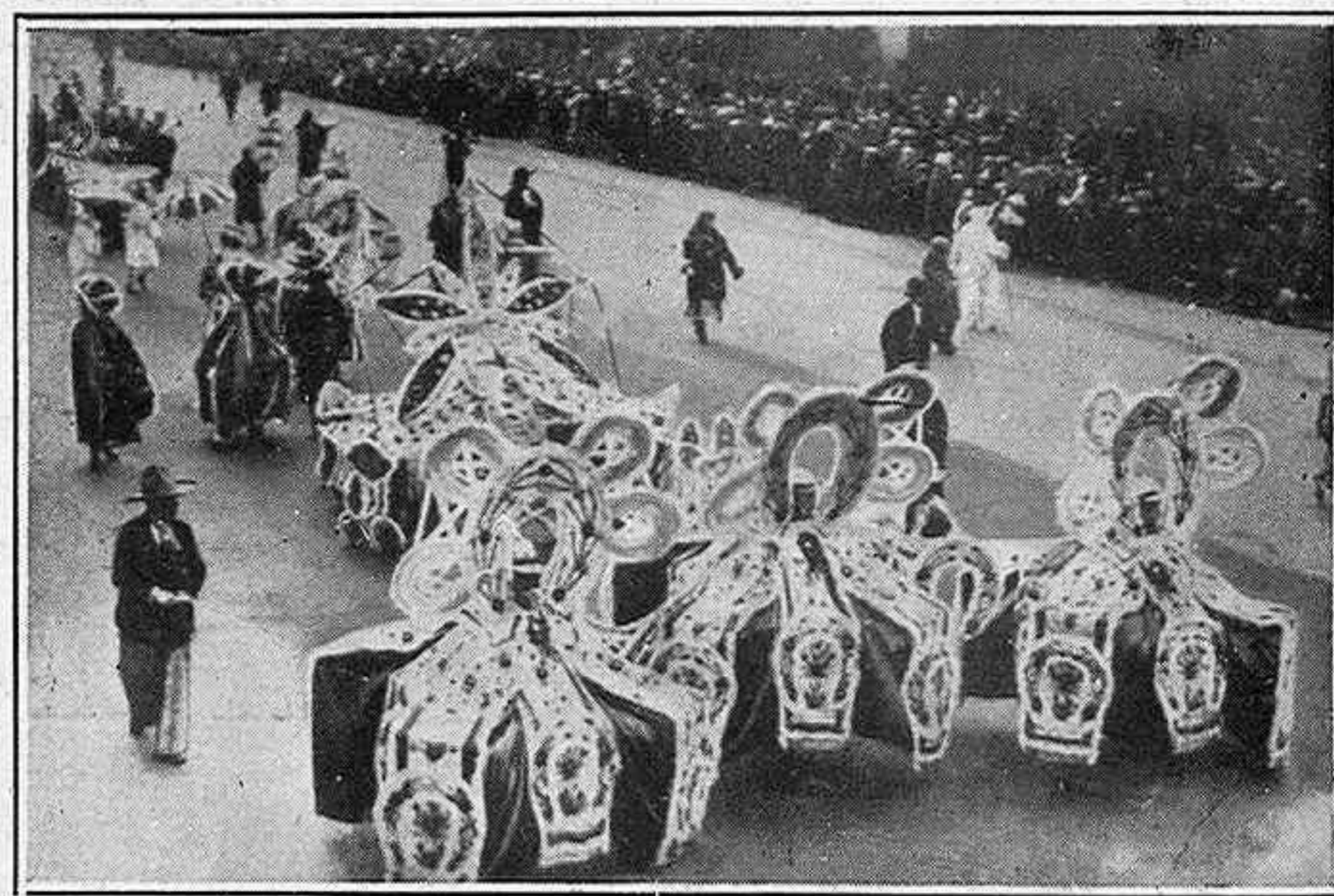


Berlín.—Escultura de nieve representando un minero del Ruhr defendiéndose contra el tigre francés, que obtuvo premio en el Concurso celebrado en Schreiberhau á beneficio de las víctimas de la región ocupada por Francia



Barcelona.—Exposición póstuma del malogrado escultor José Cardona en los salones de «El Siglo», donde se han reunido gran número de obras del delicado artista; aquellas figuras parcas de dimensiones y grandes de espíritu que iba modelando fervorosamente el excelente artista, y que ahora se han reunido para un homenaje sentimental á su memoria. El público ha desfilado complacido por los salones de «El Siglo», donde se congregaron, con motivo de esta noble exhibición de Cardona, las personalidades más selectas de la Literatura, del Arte y de la vida de Cataluña

FOT. MERLETTI



Filadelfia.—«El cangrejo», una de las más notables comparsas de la cabalgata carnavalesca, que este año ha tenido más esplendor que en los anteriores



Londres.—En el Circo Olympia, lord Lonsdalle felicita al clown más viejo del mundo, al «whimsical Walker», que ha excitado la risa de varias generaciones sucesivas. Juntos el grave lord y el regocijado y regocijante payaso, formaban un grupo que no es frecuente ver en público

FOT. MARÍN



París.—Los nuevos billetes de Banco emitidos por el Estado francés para la región del Ruhr, y que significan el propósito de permanencia de los ocupadores